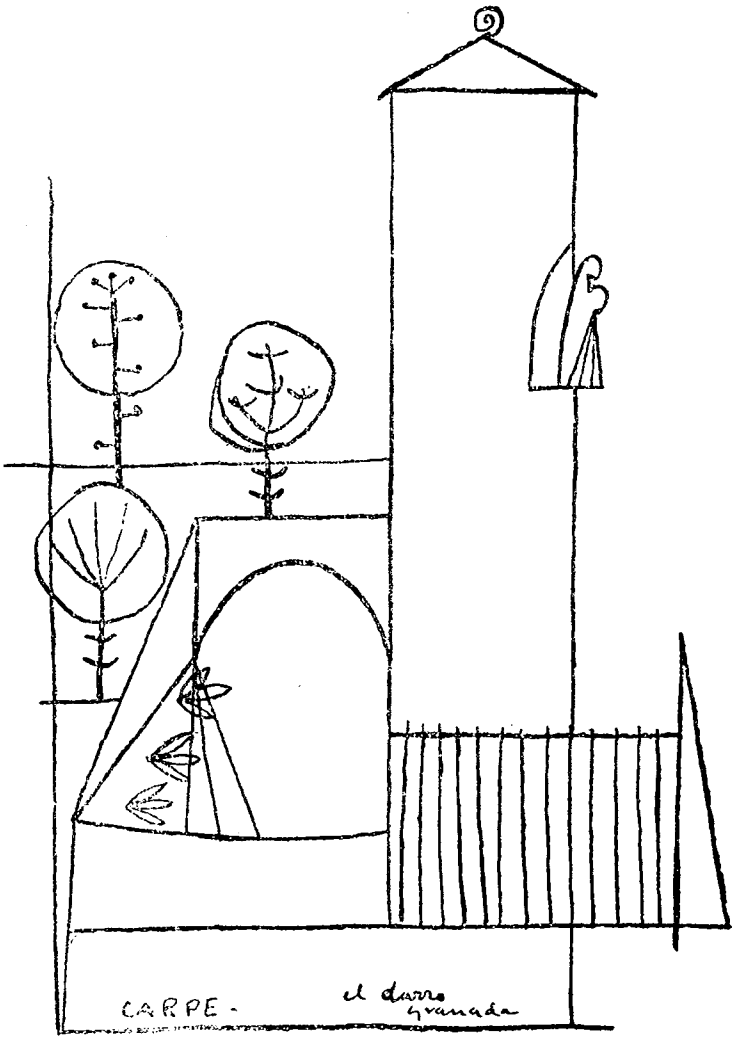

BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

LA OBRA NOVELISTICA DE FERNANDO NAMORA

La publicación en versión española de una nueva novela del portugués Namora, coincidiendo con el hecho de que su última creación, *O homem disfarçado,* constituya uno de los mayores éxitos en la actualidad literaria lusitana, justifica que tratemos de señalar lo que es en conjunto la obra de este gran escritor.

Nacido el 1919 en Condeixa, pequeño pueblo próximo a Coimbra, Fernando Namora ha repartido su vida desde muy temprano entre dos vocaciones: la medicina y la literatura. No se ha sentido dividido por ambas actividades, ni ha dejado que la una creciese a expensas de la otra.

Cursó sus estudios en Coimbra, lo cual es todavía muy importante. Hasta hace muy pocos años, la hermosa y melancólica ciudad del Mondego era la verdadera capital intelectual de su país. Pesaba mucho su noble carga de siglos de cultura, desde el impulso creador del rey poeta Don Dinís. Grupos literarios, revistas poéticas, escritores prestigiosos allí residentes, determinaban un intenso ambiente en el que podían despertar y cristalizar las nuevas vocaciones.

Como casi todos los jóvenes escritores portugueses, Namora inició su vida literaria con un libro de poemas. La tradición lírica portuguesa es muy rica y se apoya en unas constantes muy definidas. Namora aportaba a ellas una personalidad bien patente y sólo con tres libros de poemas *(Relevos, Mar de Sargaços* y *Terra)* logró atraer la atención y figurar en varias antologías de poesía portuguesa.

Después, la creación literaria de Namora se acoge al género narrativo, novela o cuento, que será —según parece ya— su definitivo medio de expresión. Su primera inclinación hacia la poesía lírica surge a veces de modo neto e impetuoso en ciertos pasajes de sus novelas, pero nunca a expensas de lo puramente narrativo: no son paréntesis, más o menos digresivos, sino un temblor emotivo, un resalte lírico de la épica novelesca, una luz más intensa para lograr que algunas descripciones, algunos momentos emotivos cobren más eficaz y directo relieve.

Hasta hoy, Namora ha publicado las siguientes novelas: *As sete partidas do mundo, Fogo na noite escura, Casa da Malta, Minas de San Francisco, Retalhos da vida de un médico; A noite e a madrugada, O trigo e o joio,* una nueva versión muy ampliada y modificada de

Fogo na noite escura y *O homem disfarçado,* su última novela, que nos trae ya a estos días. Habría que abrir a estas creaciones novelísticas un bello libro de biografías de médicos célebres, *Deuses e Demónios da Medicina,* porque la exactitud biográfica ha sido tratada con técnica de buena novela (1): Las dos primeras novelas citadas son obras juveniles; hay en ellas una visible lucha con la dificultad de encontrar un lenguaje propio y adecuado. Pero como en ellas hay valores de anticipación, seguras promesas, aciertos ya indudables, no es extraño que *As sete partidas do mundo* valiera a su autor el Premio Almeida Garret. En cuanto a *Fogo na noite escura,* el interés de aquella primera versión tiene sólo un valor comparativo, a la vista de la edición refundida, que es la que examinaremos. *Retalhos da vida de um médico* (2) es una colección de cuentos o relatos; en ellos, el escritor y el médico conviven en la experiencia de la medicina rural.

Casa da Malta, es decir, la casa abandonada que sirve de albergue a los *malteses:* vagabundos, mendigos, ladronzuelos, también a los jornaleros que van de comarca en comarca, según las cosechas, y han de vivir con la bolsa cerrada a todo gasto, único medio de regresar a casa con unos pocos escudos para el largo y duro invierno. Entre todas esas gentes hay un tipo especial de solidaridad. Es lo que expresa Troupas, el viejo mendigo, cuando al oír decir a un segador "que va de paso", comenta: "Todo hombre va de paso. Es como si uno estuviera siempre viajando en este mundo. Es una cosa sin destino cierto. La gente atropella a unos y a otros, sin pensar que la vida es sólo un viaje y más vale ayudar a un camarada que fastidiarlo" (3).

Ese albergue ocasional de una noche sirve de punto de contacto entre vidas distintas: un niño que ha huído de su casa tras el deslumbramiento de un pobre circo nos lleva al encuentro de Ricocas, el borrachín vagabundo, y de Gracia, la muchachita que vivió la vida irreflexiva de las pensiones de estudiantes en Coimbra, y que allí, en la promiscuidad de la casa de la "malta", se inclina con piedad sobre la gitana en trance de alumbramiento. El viejo Troupas, con su filosofía de mendigo, será el apostillador de la vida común, algo así como el coro de una tragedia griega, hasta que su voz se individualiza para pasar a ser protagonista de una parte de la novela. El, tan resignado, es también el producto de una vida desgraciada, la víctima de una injusticia social.

---

(1) Versión española de *Dioses y demonios de la Medicina,* en Editorial Miracle, Barcelona, 1958.

(2) En versión española, *Escenas de la vida de un médico,* Editorial Noguer, Barcelona; con prólogo del doctor Marañón.

(3) *Casa da Malta.* Edit. Guimaraes, Lisboa; citamos por la cuarta edición, página 49.

La gitana, asistida por Gracia, da a luz un niño. Los segadores sacan de sus alforjas trozos de tocino, chorizo, pan. Van todos a celebrar ese nacimiento que les ha hecho sentirse, en cierto modo, miembros de una gran familia. Ricocas duda del gesto de los campesinos: "¿Pero van a deshacerse así de su comida por todos nosotros?", y Troupas sentencia: "Cuando un hombre encuentra a otro que tiene hambre, reparte con él. Divide lo que tiene para comer. ¿O querías tú que hicieran éstos como la gente rica, dar un pedazo de pan seco y comerse ellos los guisados?" Y mientras todos comen hay una alegría limpísima entre ellos, una paz que les va llenando el corazón. Será otra vez Troupas quien hable:

"Yo querría morirme hoy, aquí mismo. Hoy moriría con la barriga llena y sin odiar a nadie. Tengo miedo de morir con hiel en el corazón; siento que la hiel me entró en las venas y que algunas veces me llega aquí, al pecho. Si llegara al corazón moriría como Satanás. Hoy estoy contento con el mundo y no tengo en la cabeza nada de las cosas feas que viví. Vosotros creéis que estoy loco, pero quiero hablar así. Nació una criatura y yo puedo morir: ella vendrá a hacer el viaje por mí. Si estoy loco, bueno. Estoy loco, se acabó. A veces tengo ganas de ir por ahí y matar a alguien. Pero hoy no. Vosotros sois todos amigos y yo vi a esta muchacha venir del carro y juntarse con esta gente desgraciada. Fué una cosa bonita. Y comí y voy a comer más aún con todos vosotros. Hoy tengo puro el corazón" (4).

Minas de San Francisco es la locura del wolframio en ciertas comarcas de Portugal, la riada humana que acudió a las explotaciones mineras en busca de una redención económica. Muchos de aquellos hombres abandonaban sus aldeas donde el hambre, la pobreza, los habían vencido; traían la obstinada esperanza de regresar con dinero suficiente para comprar un poco de tierra propia, un corro de campo que agradeciese el sudor de su frente y la fatiga de su cuerpo. Pero el wolframio llevaba en sí el veneno de la aventura, el veneno del dinero fácil que hace agujeros en las manos más sobrias y mancha el corazón de los hombres. Los que corren alucinados tras el río de oro del wolframio quemarán en fuegos de artificio sus últimas esperanzas. En un friso de recias figuras, con evidente grandeza épica, João Simão y Brás, campesinos metidos a mineros, los ingenieros García y Almeida, el capataz Quirino, María —hija de Simão—, el tío Cardo y su hijo, resaltan con fuerza, pero sin apartarse jamás del gran escenario colectivo (5).

(4) Idem íd., 148-49.

(5) Esta novela obtuvo en 1954 el Premio Ricardo Malheiros, de la Academia das Ciencias de Lisboa. En 1955 aparece la versión española, en Editorial Noguer, de Barcelona, coincidiendo con la publicación en Portugal de la cuarta edición (Guimaraes Editores).

A noite e a madrugada es una novela densa, trágica, en la que la vida del labriego se mezcla a la vida aventurera del contrabandista. En algunos de esos campesinos, el contrabando ha borrado el alma labriega: tal sucede al joven Antonio Parra, miembro de la familia que protagoniza la novela. Pero otros sólo se lanzan a la arriesgada aventura buscando la posibilidad de lograr el acceso a la propiedad de un pequeño corro de tierra. Serodio es uno de esos hombres: "un hombre que tiene la tierra metida en la sangre, la lleva consigo en todos los oficios y en todos lós sitios; sólo ese hombre siente el alborozo inconfundible frente a los campos que tienen el hábito y la luz de la fertilidad". Ahora, metido por desesperación en los riesgos del contrabando, su mirada se posaba en la tierra fecunda, pero la miraba "furtivamente y con desesperanza, como un forajido acechando un país ajeno". Cuando llegue la época de la siega, Serodio no resistirá esa gran llamada, e irá hacia las simientes hinchadas de madurez; él sabe que quien no hace la campaña de la siega "no vale la tierra en que nació" (6).

O trigo e o joio, es decir, el trigo y la cizaña, acaba de publicarse en versión española, muy cuidadosamente hecha por el poeta Rafael Morales. Se ha cambiado el título, con un desvío paisajístico que no creemos responda muy fielmente al espíritu de la novela (7), porque lo que en ella es esencial no es la ardiente llanura, ni siquiera la tierra que exige el ardiente esfuerzo del hombre, sino el proceso vital de un personaje en cuya acción se darán, como en las bancadas y en el pasaje bíblico, el trigo y la cizaña. Namora desarrolla en esas páginas, magistralmente, un tipo que ya había insinuado en obras anteriores. El borrachín Ricocas de *Casa da Malta* y el desgraciado Pencas de *A noite e a madrugada* pueden considerarse, en cierto modo, como anticipos del *Barbaças.* Es un vago, vive en la aldea a costa de los demás: unas veces de lo que voluntariamente le dan; otras, de lo que él hurta. Todos desconfían de él y él ha de recelar de todos.

Pero un día, Loas, campesino que cultiva un campo propio, algo apartado de la villa, busca a Barbaças y le propone un plan. El corro de tierra exige esfuerzo, pero lo compensaría sin avaricia. Unidos los brazos de dos hombres esa tierra valdrá cada día más. Y lo que Loas quiere es que el otro sea su compañero, su socio. Al oír esa oferta, Barbaças reacciona así: "El mozo miró en torno suyo para cerciorarse de que aquellas palabras se habían dirigido realmente a él. ¡Y a él lo habían sido, coño! En ese momento, con la andorga bien llena, se sentía especialmente dispuesto a dejarse impresionar por perspectivas gran-

(6) *A noite e a madrugada,* págs. 30-31 de la segunda edición; Guimaraes Editores, Lisboa, 1954.

(7) *La llanura de fuego,* Editorial Noguer, Barcelona, 1958.

diosas. Del atardecer cálido, del silencio que dormitaba sobre los campos, llegaba una llamada conmovida. Era como si las entrañas de la tierra viniesen arrastrándose hasta allí, hambrientas, para dejarse poseer. La llanura tenía la ondulación, la profundidad y la amplitud de un mar. Todo en ella era inmenso, insondable. Y era a la vez entrega y fuga. El ánimo del Barbaças estaba siendo invadido por el mismo sortilegio que hacía mucho se había adueñado de Loas. La campiña, a fuerza de ser lánguida, ablandaba los músculos de los hombres, y Loas, amando a la tierra, deseándola como se desea a la mujer propia, era, sin embargo, impotente para traducir en acción todos esos deseos y sentimientos. Alzaba la azada media docena de veces y se paraba, embebido, esperando que la tierra, bajo ese breve estímulo, se multiplicase en alborozo y fecundidad. Era como si el esfuerzo físico le impidiese asistir a la solemnidad de esa procreación. En su llamada a la tierra había un deseo fanático de dejar sobre ella una cicatriz, pero una cicatriz de amor y no de sudor" (8).

Barbaças, pues, se convierte en el "socio" del viejo Loas. Y se entrega al trabajo, pero con desaliento. El campesino tiene una hija, Alice, una niña que se le entra limpiamente a Barbaças por el corazón. Llega el momento en que los ahorros de Loas alcanzan justo al precio de una borriquilla; hay que ir a comprarla, porque es necesaria para el plan de trabajo. Y va a ser Barbaças quien vaya a una feria en busca del animal conveniente; no sin recelo de Loas y de su mujer, desde luego.

Pero la feria está animada; las tentaciones son demasiado fuertes para un hombre que jamás tuvo en su bolsillo un peso tan sólido. Y el dinero de la burra se va en vino y en otras cosas. El asunto va a parar al juzgado. Todos se compadecen de Loas, con una compasión burlona, insultante. Hay un terrateniente generoso que da a Loas dinero para comprar la burra. Es entonces cuando Barbaças, "fuera de sus casillas, con una expresión salvaje y alucinada", arrebata los billetes y los rompe: "¡No, tío Loas, ese dinero no! ¡Soy yo quien le ha de entregar lo que le pertenece!"

A partir de ese momento, la vida del mozo se desenvuelve a compás de una febril energía. Irá a la siega, día tras día, de comarca en comarca, hasta reunir el dinero. Y la burra llega, por fin, a casa del tío Loas. Ha sido comprada lejos, por bastante menos dinero del que vale. Loas y Barbaças pueden pensar que bien merecían esa suerte. Pero la burra ha prestado durante varios meses un extraño servicio: pasear a una muchachita enferma de lepra. Es un amigo de Loas, el cínico

(8) Páginas 23-24 de la primera edición; Guimaraes Editores, Lisboa, 1954.

Vierinhas, quien averigua esa historia y hace creer a Loas que la burra portará la lepra desde la lejana tierra en que está enterrada la mocita. Loas está asustado, pero no se decide a prescindir del animal. Tanto como sus esfuerzos y los de su socio, el trabajo de la bestia es indispensable para el cultivo de la finca. Lo malo es que Alicia ha tenido siempre como únicos juguetes los animalillos del campo; la borriquilla se ha convertido para ella en el juguete mejor, en el que no había sido ni siquiera tenido en sueños. Es más, podría decirse que Barbaças y la burra son los dos únicos amigos que Alice ha tenido en su vida.

El tío Loas espera que sea el mozo quien reciba la terrible dolencia; piensa que ésa es la única manera de impedir que sea la hija quien enferme. Y busca en las manos del hombre las huellas primeras del contagio. Le parece que todo su corro de tierra se va a llenar también de llagas, va a pudrirse lentamente.

Alice cae enferma. Y nadie piensa que la enfermedad pueda ser otra, ni tener otra causa que la anunciada por Vierinhas. Se prohibe a la niña jugar con la borriquilla, se le impide acercarse al animal. Pero una noche, Loas y su mujer descubren que Alice va por las noches al establo. Entonces la mujer exige a Loas que mate al animal. Así llegará con amarga fatalidad el desenlace.

Fogo na noite escura es la novela de la universitaria Coimbra. Es natural que la gran significación de la bella ciudad del Mondego en la vida portuguesa haya dado origen a muchas novelas. De cuantas yo conozco hay dos que destacan netamente: *Os avisos do destino,* de José Régio, y ésta de Namora; en ambas hay una noble carga de melancolía y de esperanza. El autor de *Fogo na noite escura* ha dado su novela de la vida universitaria con una técnica similar a la empleada por él en *Minas de San Francisco;* para lograr mejor la recreación novelística del ambiente ha trazado un gran friso de figuras, colocando varias de ellas en un primer plano más revelador. De una sala de disección de la Facultad de Medicina, en el momento en que Julio y Mariana, estudiantes, se conocen, llegaremos a la huída final de Julio, cuya actuación revolucionaria impide su permanencia en Coimbra. Pero es una huída hacia la esperanza; y al cerrar la novela nos quedan sus personajes llenos de vida, proyectados en nuestra imaginación hacia cualquier futuro. Todos, menos aquellos que a lo largo de las copiosas e intensas páginas se han ido quedando perdidos en la muerte (la compleja personalidad del escultor Nóbrega o en la mediocridad. No deja de ser curioso el hecho de que la novela universitaria española se haya quedado estancada en *La Casa de la Troya,* mientras en Portugal tenemos dos novelas de la vida estudiantil tan excelentes como las de Régio y Namora. Sin embargo, las circunstancias no son muy distintas,

salvo en lo que se refiere al poder sugeridor de Coimbra como ciudad netamente estudiantil. Pero en ambas novelas se está muy lejos de complacencias en colorismos locales (9).

La última novela publicada por Fernando Namora es *O homem disfarçado* (10). Aquí sí que hay un protagonista: João Eduardo, médico joven aún, pero gozando ya del máximo prestigio profesional, con todas las ventajas inherentes. Pero ¿a costa de qué? El triunfo profesional, el éxito mundano, se han logrado a expensas de todo lo que había de más puro en la vocación de João Eduardo. Y un día tendrá que admitir que ha estado edificando sobre arena: siente la angustia de observar que en su vida, tan aparentemente plena, colmada, hay un vacío en el que se sume todo cuanto de bueno había en su ser. Un viejo camarada universitario, Jaime, que a salvo de fracasos, de inestabilidad social, de diversas profesiones nunca bien logradas, ha conservado una pureza que reside en algo más esencial que el éxito y las convenciones sociales, será como un crudo espejo en el que João Eduardo verá no lo que es, sino lo que debería haber sido.

Novela amarga, dura. El novelista-médico ha aplicado su vigoroso bisturí sobre el mundo brillante de los médicos de renombre, de los príncipes de la Medicina; todo cuanto pone al descubierto es algo que, naturalmente, "estaba ahí". Y la falsedad, el fariseísmo, los intereses creados, la diaria traición a sí mismo, aparecen como llagas horribles. La existencia de hombres puros —como el doctor Medeiros— hace resaltar más la impureza de los otros; y se defenderán de la pureza de Medeiros, cerrando contra él sus bien situadas fortalezas. Pero João Eduardo no puede engañarse, y la verdad que se alza sobre él, y contra él, determinará el pulso de su tragedia. Que para serlo más no abocará al fatal desenlace, sino a la pena mayor de seguir viviendo en la misma sensación de viscoso vacío.

Creo que *O homem disfarçado* es, hoy por hoy, la culminación de una carrera de novelista, fecunda y brillante. Es el punto más avanzado de una línea que ha sido trazada con certero pulso y recorrida sin vacilaciones. El hecho de que Fernando Namora, en plena juventud, sea uno de los autores más traducidos en toda Europa es, como justa consecuencia, buena prueba de su excelente calidad de novelista.

Pudiera pensarse que tal éxito se debe a su realismo, a la fidelidad con que transcribe el espíritu de la zona social más amplia de su país. Pero esto no es una razón suficiente por sí sola. Hay una realidad novelística que no siempre ha de tener exacta correspondencia con el

---

(9) José Régio: *Os avisos do destino,* Edições SER, Vila do Conde, 1953. Fernando Namora: *Fogo na noite escura,* edición refundida, Guimaraes Editores, Lisboa, 1956.

mundo real. Cuando se ha dicho que el novelista es un notario de su tiempo, se ha tenido una idea falsa de la novela... o de los notarios.

El novelista no es sólo un testigo fiel, pasivo, de las vidas ajenas. No puede limitarse a transcribirlas, a "dar fe" de ellas, porque dispone de un poder de iluminación que al dirigirse sobre un ambiente determinado lo hace resaltar con un nuevo sentido, nos revela una insospechada dimensión de la realidad escogida por él para esa función un tanto mágica de la recreación de lo real.

Namora se acerca a sus personajes con una gran caridad, con solidaridad; los compadece, es decir, padece con ellos. La realidad participa así de algo ajeno a ella, mezclado a ella por el autor. Y como tiene un gran talento de narrador, es sobrio y eficaz, nosotros mismos acabamos participando en la vida de sus personajes. La buena novela es siempre ésa: no la que nos muestra, como desde fuera, unos personajes, sino la que nos hace partícipes de aquellas vidas que alzan su realidad ante nosotros, que nos meten dentro de su mágica realidad.—ILDEFONSO MANUEL GIL.

INDICE DE EXPOSICIONES

LA OBRA DE JOSÉ CABALLERO

Bien podríamos calificar de examen de conciencia esta exposición de José Caballero hecha en el Ateneo, en la que se aprecia la depuración a que, voluntariamente, se ha sometido el artista. Pocas veces se ofrecen las cualidades que reúne José Caballero, y que podríamos resumir en una relación anatómica: cabeza, corazón y mano. A éstas podríamos añadir unas más: ángel, duende y gracia. Y esta última, que tantos y merecidos éxitos ha proporcionado al artista andaluz, constituía un peligro, pues no había problema que no fuera resuelto por José Caballero; pero el autor de tanto dibujo excepcional, antológico, llevaba siempre dentro de sí el anhelo de llegar a la pintura por la puerta grande. Lo había logrado ya en sus diferentes épocas, que acusaban su inquietud, su afán, su deseo de ir alcanzando la raíz de la pintura, su secreto, su intríngulis. Y así podemos ver la etapa "renacentista", la surrealista, el "lirismo", que tan gran eco alcanzó en las Bienales, y ahora el camino ancho y difícil camino de lo abstracto. Y ya está superada la gracia por la entraña; el duende, por la arquitectura; el ángel, por la pensada armonía del color, y acaso sea esta cualidad la más predominante en esta exposición, donde si bien hay

referencias figurativas, muy leves, el futuro de José Caballero se afirma en lo abstracto.

La abstracción para José Caballero es la plasmación de su riqueza subjetiva. Quien tan repetidas veces había demostrado su potencia creadora y poética, tiene ahora, en la libertad de la iniciativa, las mayores posibilidades en ese quedarse a solas con la pintura, y aquí su pensamiento, su sensibilidad y su maravilloso oficio consiguen el cuadro en toda su integridad y pureza. Los colores surgen con ese acento de invención que nos obliga a buscarles una filiación nueva, con ese toque y retoque que indica la búsqueda íntima del artista, su "pausado" frenesí ante el mundo nuevo que se va creando al compás de su imaginación. Lo abstracto priva sobre las mínimas referencias figurativas, haciéndonos pensar en su inutilidad para el pintor...

En esta exposición, seria, honrada, cabal, el artista, cuando no le era menester, ha ofrecido lo más puro y sincero de sí. Y no lo ha hecho con esas temibles "cosas graciosas", sino con lienzos grandes donde había que llenar los espacios vacíos a fuerza de pintura, engranada, ordenada con un por qué y un para qué. José Caballero ha vencido a su gran aliado de siempre y a su posible enemigo: la gracia, y lo ha hecho por íntima necesidad.

En tiempo en que tan frecuente es ver a un pintor que halla su fórmula repetirla hacia el infinito, satisface contemplar esta actitud de José Caballero, comparable a la de Tapies, donde ganadas todas las bazas en limpio quehacer de la plástica quiere cumplir con su propia obligación, consigo mismo, que es la primera obligación que debe tener el artista.

Y junto al cuadro medido, pensado, trabajado, bien ajeno a esa mala moda del apunte y del boceto, a la temible advertencia del amigo que dice: "Déjalo así, que así queda muy gracioso...", está presente el hondo mensaje poético del creador, del cual, y por fortuna, no puede sustraerse, y a la par la verdad de la pintura puesta en pie por medio de un pensamiento rígido, inflexible, propio de ese gran teorizador de la pintura en el libro y en la plástica que es José Caballero, quien ha hecho la gran exposición que le era necesaria y en el momento justo, así en la intención como en la medida.

DIMITRI PERDIKIDIS

Este griego no ha alcanzado el eco que merecía después de su primera exposición en la sala de la Dirección General de Bellas Artes, y ahora, en la sala Bucholz, su muestra pasa inadvertida y con gran

injusticia, pues su pintura es una de las obras que hemos visto mejor construídas y sentidas en los últimos tiempos.

Perdikidis utiliza una paleta sorda, en la cual inserta toques de vivo color que son como fuegos de San Telmo en sus composiciones impregnadas de misterio, pero de un misterio que emana de sus extrañas figuras o de las simples cosas; no es un misterio que arranque del misterio de unos azules, verdes o rojos, sino que surge después de que el pintor ha realizado una composición en la que juegan los personajes como seres fantasmales traídos de una ciudad que no tiene marca geográfica y que, por igual, puede servir para explicar un estado vital en cualquier meridiano. Y este carácter universal tiene a su servicio un lenguaje plástico rico en variedad de expresiones; aunque en todas ellas predomine un expresionismo no desmesurado, sino salido de la vida íntima de los personajes y del peso del ambiente que Perdikidis ha creado, y que le pertenece por entero.

RUTH OLSEN

Nada hay más temible en las exposiciones periódicas que las hechas por manos femeninas extranjeras que "descubren" nuestro país y en el descubrimiento no falta la fiesta nacional, y no sólo no falta, sino que la mayoría de las veces sobra. Ruth Olsen es pintora norteamericana que constituye una excepción; aunque su muestra se ha celebrado en un céntrico hotel y con unas características sociales que hacen más "temerosa" la exposición; pero una vez a solas se aprecia en esta artista condiciones ciertas en la pintura más centradas en lo decorativo, pero con un conocimiento y depuración del color no frecuente en la mujer. Su obra tiene un regusto oriental, tanto en la concepción de tipos y paisajes como en los colores empleados, aunque más intensos en la paleta de esta pintora, cuyo origen nórdico también se acusa en las exposiciones, en la buena frialdad de las composiciones alejadas de tanta pincelada sin ton ni son. La obra forma una isla en estas muestras turísticas en la que Ruth Olsen es, por ahora, la única habitante.

BENEDITO Y VENTO

El hecho de que haya recaído en dos artistas valencianos en el mismo día un homenaje —bien distinto— hace que aprovechemos la ocasión para la noticia y para la glosa, pues ambos son bien represen-

tativos de un tiempo y de un espacio, mejor dicho, de dos tiempos y de dos espacios de la Pintura.

El primero es Manuel Benedito, que ha inaugurado la nueva sala de la Dirección General de Bellas Artes con una exposición antológica de su obra. Y antes de entrar en otras consideraciones hagamos un inciso para elogiar la nueva instalación, obra de Fernando Chueca, que ha aprovechado, inteligentemente, la nobleza ideal de la piedra en la construcción inicial, y ha amoldado viejas expresiones a nuevas necesidades y conceptos, sirviendo bien uno de los variados propósitos que realiza la Dirección General.

Es el otro artista Vento, a quien la crítica ha otorgado, por primera vez, el premio que anualmente ha establecido el Ateneo.

Benedito expone "toda" su obra. Es una exposición antológica que comienza con sus primeros dibujos y óleos y termina en sus últimos retratos. En ella se halla recogida una manera de concebir y sentir la Pintura que era la "lógica" en sus tiempos. A través de los cuadros vemos el triunfo de un determinado oficio, imprescindible en la profesión de pintor y las consecuencias naturales de su momento artístico. Benedito fué fiel a una época y a una concreta definición de la pintura. No le correspondió el papel heroico de inventar o descubrir, como le correspondió a Regoyos o Nonell; fué el pintor nacido para tal que siguió y aumentó la corriente en la que figuraban como puntos de partida Velázquez —hasta cierto punto— y la pragmática de Mengs, resucitada tras el triste período historicista. Y en otro sentido también puede considerarse a Benedito como a un innovador, pues innovación en su día presentaba la utilización de la luz y de sus efectos en una manera muy valenciana, muy a lo Martínez Cubells y a lo Sorolla, con triple salvamento de distancias personales. Por otro lado, Benedito pertenece a la pequeña tradición levantina de los Pinazo y Domingo y Muñoz Degrain, y de todas esas esencias presentes de los recuerdos, a la que se añadió la influencia de los retratistas ingleses y una solera española que no acababa de perderse se formó la obra de Benedito, ya en la antología de un tiempo de la pintura española, pues las antologías deben ser mucho más amplias de lo que creen unos y otros, aunque nuestra particular predilección se incline más por los otros que por los unos.

Benedito ha hecho bien en no ocultar nada, pues precisamente para nosotros en ese íntimo quehacer, más que en la obra de encargo grandilocuente y vana, se encuentra el sello del artista; como cita puede servir el bello apunte que retrata la cámara mortuoria de León XIII, y otros varios, y como ejemplo de haber superado el modelo y haber dejado la garra de pintor, puede servir el retrato de Cleo de Merode. Y

en esas dos citas, al mejor azar, o al más buscado, puede quedar sujeta la fama de Benedito, acaso entre los pintores de una tendencia el que mayores méritos ha adquirido. Claro es que a nuestra particular predilección hubiéramos preferido que ni la fama ni la gloria hubiesen arrinconado al pintor en libertad que había —y hay— en Benedito, al que fué capaz de realizar el desnudo que hoy se guarda en la colección Andreu; pero también comprendemos que hay artistas a los que el destino social elige para hacer de Esquivel en cada período de tiempo, y Benedito fué uno de ellos, el que tan bien se autorretrató en varias ocasiones. Pero servir una teoría con honradez y con una técnica no es cosa que se halle al alcance de cualquiera, y Benedito demostró su potencia, su sabiduría y, cuando le dejaron, su sensibilidad. Esa sensibilidad que un día vimos manifestarse junto a nosotros visitando el Museo del Prado, cuando a nuestro lado corrieron sus lágrimas contemplando "Las Meninas", y con voz estremecida nos decía:

—Hay que llorar ante esto; hay que llorar...

El peso y gesto de su mano en nuestro brazo aún lo sentimos, y recordando esas lágrimas hemos visto mejor, mucho mejor, su exposición, y comprendido una postura sostenida hasta con esperanza. Por eso, y por algunos lienzos colgados en su exposición, nos parece bien ganado el título de maestro, a pesar de esos pesares que a la pintura reporta muchas veces lo que se llama fama, gloria y recompensas.

De Vento hemos hablado muy recientemente. Nuestro voto entusiasta tenía su nombre en primer lugar. A Vento le ha correspondido una etapa de la pintura más difícil. De la pintura que Ortega y Gasset llamó "de bulto" hemos pasado a una pintura metafísica. Ahora hay que pintar y hay que decir, además de reproducir o no, la silueta de un volumen. Todo se ha puesto más difícil; aunque algunos despistados crean lo contrario, y la belleza hay que buscarla por caminos que necesitan inexorablemente mano, corazón y cerebro, en difícil alianza.

Sobre Vento pesa el hecho de que todos sabemos que el artista ya se encuentra en el secreto de la pintura. Lo ha demostrado en esa obra dispersa —en los certámenes internacionales— hasta su última y trascendental exposición sujeta a una línea, a la que está obligado cada día más, sin que le distraiga otro quehacer que su propio mandato. El ha elegido el camino heroico, tan heroico que la recompensa que le otorga la crítica es solamente un pequeño y simbólico hierro; pero acaso la materia sea un aviso que tiene que escuchar en la gran aventura, y ventura cierta, de su obra.—M. SÁNCHEZ-CAMARGO.

JORNADAS LITERARIAS POR MURCIA

Este año le ha correspondido al antiguo reino de Murcia. En años anteriores los escritores anduvimos los caminos de La Mancha, los de la provincia de Cáceres, los de la Rioja y los del Maestrazgo. Son ya unos cuantos kilómetros los que nos hemos metido entre pecho y espalda los escritores; unos cuantos zigzagueantes kilómetros que nos han permitido asomarnos a la diversa, cambiante y siempre sorprendente geografía del país, que nos han proporcionado una toma de contacto con esos pueblos y pueblitos que quedan a trasmano de las principales carreteras y del recuerdo de las grandes ciudades. La Delegación de Educación Nacional ha llevado adelante, sin desmayos, este empeño de las Jornadas Literarias. Escritores metidos a viajeros por pocos días hemos ido enriqueciendo de esta manera nuestro conocimiento del paisaje y de las gentes. Pueblos, pueblitos, poblanchones y ciudades, que apenas si eran un nombre, han ido abriéndose a nuestro paso mostrándonos su especial fisonomía. Sus nombres tienen ya, para nosotros, un olor, un color, un sabor. Decir Cieza, por ejemplo; decir Lorca, La Raya, San Javier, Jumilla, Yecla, y suma y sigue, no carece de significado. Decir Cieza, que es por donde entramos en la provincia de Murcia, y nos viene inevitablemente el atardecer cayendo sobre los campos verdecidos, velando los contornos del pueblo asentado en un valle, al pie de un monte descarnadamente hermoso. Decir Yecla, que es por donde nos despedimos, y nos vuelve el polvo y el sol de los caminos y oímos aún la jota aquella que decía que la naranja creció verde y el sol la maduró. Porque en este breve pero intenso pasar por los pueblos siempre hay algo que nos hiere y toca muy dentro, y después al nombrarles nos viene el recuerdo de una canción, o de aquella mujer que daba de mamar al niño, o de aquel viejo que tomaba el sol como una lagartija, o de aquel mendigo que mordisqueaba un cacho de pan, o de aquella iglesia, o de aquel palacio, o de aquel castillo a los que gusten de piedras.

Cinco eran las jornadas previstas en esta última peregrinación literaria por tierras murcianas. En la primera, de Cieza nos llegamos a Archena. Aquí se iniciaron los homenajes literarios. En la plaza del pueblo se leyó "La cansera", en recuerdo del poeta Vicente Medina, el cantor de la huerta. Ya en Archena subimos al balneario e hicimos noche en el hotel Termas.

En la segunda jornada salimos hacia Orihuela —la Orihuelica del Señor, la Oleza de Gabriel Miró— por una carretera estrecha y habitada en muchos kilómetros, a cuyos márgenes proliferaban las chum-

beras y crecían los palmerales. Se visitó la ciudad: tenía su qué. La catedral, el museo, la biblioteca, el colegio de los jesuítas. En unos jardines públicos se rindió homenaje, sencillo homenaje, a Gabriel Miró y a Miguel Hernández, consistente en la breve lectura de textos de ambos. Un sol inclemente reverberaba y nos hacía chiribitas en los ojos. Por la tarde, después de bien comidos en el Casino de Murcia, partimos para el Santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta. Desde la altura, nos gozamos en la contemplación de la vega; se extendían hasta perderse de vista los campos verdecidos y tiernos. Toda esta parte de la vega es como un milagro. Porque, a decir verdad, la provincia se las trae en aridez y sequedad. En Algezares rendimos homenaje a Saavedra Fajardo, a la sencilla manera de las Jornadas, leyendo un fragmento de una de sus empresas. Después anduvimos de visiteo en unas instalaciones conserveras. Son mujeres las que trabajan en estas fábricas, mujeres que proceden de la huerta. No es lugar éste de hablar de los problemas laborales que plantea esta clase de trabajo, que existen y muy graves. Pero cuando menos que quede constancia. Había una mujer enlutada de pies a cabeza, cubierta de velos, manipulando en una de las envasadoras. Este sentimiento trágico de la muerte, que se manifiesta no sólo en este riguroso luto, sino en el modo de mirar, va a acompañarnos a lo largo del viaje. Por último, La Raya, un pueblo de la huerta. Los "auroros" cantando al son de las campanitas; el pregón del "perráneo", corrupción del vocablo pedáneo, recitado en "panocho", el dialecto huertano; los bocados típicos como los "michirones" salpicados con vino y el baile.

La tercera jornada nos llevaba hacia el mar. A medida que nos alejábamos de Murcia íbamos advirtiendo o presintiendo la proximidad de la brisa marina. San Javier y el Mar Menor, un mar amansado, remansado por la tierra. No hay duda de que este paraje es hermoso y que hace bien y que descansa la vista y el cuerpo. Iniciamos la ruta de los molinos de viento que jalonan los campos, siempre orillando el Mar Menor, hasta el Cabo de Palos. Nuestro Mediterráneo se nos ofrecía verdiazul y entero. Luego, por la minería, por tierras de La Unión, crecidas de escombros y residuos, con resonancias aún de broncas cartageneras. El color cobrizo, ceniza, requemado de las tierras; las calles de La Unión como tiradas a cordel, formadas por bajos edificios; calles polvorientas con un fabuloso regusto mítico de población minera. Al fin, Cartagena; una pantagruélica comida en unos jardines, y otra vez de camino, ésta por el mar, a bordo de un guardacostas, hacia la refinería de Escombreras. Unos cuantos kilómetros de estructuras metálicas, de depósitos y tuberías, jugando a uno de los abstractismos más arriscados y hermosos. Por una alta chimenea, en llamaradas continuas,

va quemándose el gas sobrante, sobrante, según nos dicen, porque no tenemos envases. Luego, otra vez Cartagena, en el anochecer; las calles pobladas de paseantes, de voces y de risas. Y a Murcia a dormir.

La cuarta jornada quedó reducida a Lorca y Aledo. Buena jornada para los que gustan de viejas piedras; triste jornada para los que hablan con las gentes y se interesan por cómo viven. A lo que se ve, Lorca es ciudad que también tiene su qué en monumentos y en historia. Hubo quien quiso compararla con Santillana del Mar, pero se parecen como un higo chumbo a una manzana. El sol aquí es un verdadero devorador de ojos. Por todas partes se leen carteles que anuncian una campaña contra el tracoma. A veces, se topa uno con grupos de ciegos que avanzan por la calle tentando con los bastones. Arriba de la ciudad, al maléfico amparo de un ruinoso castillo, crece uno de los barrios más dolorosos que a uno le ha sido dado ver. Es un barrio miserable, requemado por el sol, de tristes casuchas. Sentados a las puertas, hay hombres y mujeres que azuzan a los niños, cuando nos ven pasar, para que nos pidan limosna. Según informaciones allí mismo recogidas, el problema de Lorca es un problema de sed. Pasan años sin que caiga una gota de agua. Las gentes emigran. En un solo mes se expidieron mil pasaportes. De aquí que se advierta en las gentes como una gran tristeza, como una gran desesperanza. Es típico allí lo de los blancos y los azules, las dos grandes cofradías lorquinas de la Semana Santa, que parecen dividir el pueblo en dos grandes bandos irreconciliables. Luego de Lorca, a la izquierda, según se va a Totana, fuimos a parar al pueblo de Aledo. Es un pueblo bonito, alzado sobre la sierra, con un castillo por ver, en el que dicen que estuvo el Cid. La Diputación ha votado un crédito para restaurarlo. En la taberna del pueblo nos dijeron —y vino a confirmarlo después el alcalde— que necesitaban luz y teléfono. Cosas de la vida.

Por último, la tierra del vino, La Mancha murciana. En la quinta jornada, luego de ver en Murcia el Museo Salcillo, nos metimos hacia Jumilla, hacia Yecla. Tierra áspera, bronca, polvorienta. De todos modos, tierra del vino, que quiere decir tierra generosa y alegre y encendida. Nuestro paso por Jumilla fué breve. Se detuvo el autocar en unas bodegas y entramos y empezamos a beber, y cundió la alegría, y gustamos de danzas y canciones. Buen recuerdo nos quedó de Jumilla. Y de Yecla, en donde rendimos homenaje al maestro Azorín, al austero modo de las Jornadas, con unas líneas de "La voluntad", y escuchamos más canciones y trabamos conocimiento con un gazpacho que no se lo saltaba un gitano. Desde Yecla, cuando se despedía la tarde, nos despedimos de Murcia. Como todo se acaba, emprendimos viaje a Madrid.

JOSÉ MARÍA DE QUINTO.

Sección Bibliográfica

LOS ENCUENTROS (1)

He aquí un libro donde se advierte la grandeza de la palabra original, refundido el material en amor y atención. ¡Maravilla de la palabra verdadera! Palabra de poeta, lumbre que ilumina y no quema, piedra preciosa, arracimado esplendor, no frialdad de lejanía. Hay una muda, concentrada atención de retratista, que quiere entender más que criticar, en estas prosas singulares o radiografías de almas. Está Vicente atentísimo a la persona, con amistad y devoción. Por eso se le transparentan los hombres de quienes habla. Días y días, años de frecuentación. Con paciencia de biólogo, con la mirada profunda de la comprensión, observa y anota en la sensibilidad. Y lo que no le dice el hombre se lo explica su obra. Porque hay mucha sabiduría de cada persona, de su vivir y hacer en los rasgos claves de estas treinta y ocho personas, mujeres y hombres de letras, creadores, interiorizados, atentos, con los ojos en el mundo y los oídos sobre el manantial íntimo. Así, lo episódico es peripecia vital, resumen de sentido, algo, no por mínimo, menos trascendente.

Uno de los múltiples encantos de este libro de tan densa y alada clarividencia está en el *tempo* en que se dice, en que se vive el decir. La palabra fluye como la nota musical, con su espacio —aire vivo, tejido intercelular entre palabra y palabra—, su intensidad, su color. Mas aquí con semilla pensante, con la almendra de las ideas. Hay sensaciones propagadoras; más aún, comunicadas claridades. Vicente se ha propuesto espumar lo más noble, lo más verdadero, lo que ha de quedar de esta primera antología de su devoción amistosa. "Las evocaciones —dice Vicente, con plena conciencia de su obra—, de tratamiento vario, están todas intentadas a una luz temporal: arraigadas precisamente en un "aquí" y un "ahora", cruce del encuentro, noble palabra que, con su rico sentido, también significa hallazgo." No son "crítica literaria", son más estas páginas: biografía en profundidad, significante, caracterización de la originalidad y temple de la persona evocada. Desde otro ángulo, son devociones a la persona en función de su obra, por sus frutos reales en el mundo. No son "crítica literaria", sino entendimiento literario. A esta luz, la obra de los "encontrados" adquiere una dimensión humana que la agranda y, en parte, la valora. Es una especie de

(1) Vicente Aleixandre: *Los encuentros*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1958.

crítica literaria por dentro, de estimativa humana, sin reparar en la minucia, viendo las fuentes del fluir de cada cual. Quizá sean mejores los retratos de los más jóvenes, donde el poeta es más libre para adentrarse. En otros —Baroja, Unamuno, Azorín, Ortega, don Antonio, Galdós...— se interpone la admiración distanciada, y el juicio tiene titubeo, temblor juvenil ante los maestros. En el caso de los primeros, Vicente "puede" con el tema, es más libre para decir su sentimiento, sin prejuicio anterior; en cuanto a los segundos, hay una deformación admirativa, nunca una falsedad de estima. Mientras en unos la devoción a la obra tiñe al hombre, en otros la hombredad colorea a la obra.

Y siempre, ¡qué finura de percepción, qué amorosa mirada, qué obediencia de la palabra, a veces acumulada adjetivación que se sustantiva en el matiz y se potencia de escalón en escalón! Mucho entusiasmo inteligente y muchísima inteligencia apasionada hay en *Los encuentros*. El espléndido acierto del libro consiste en que está escrito en clave de amor, con libertad. Hasta donde no hay amor, el amor es capaz de suscitar amor, que diría San Juan, cuanto más en el caso de *Los encuentros*. Para mí tiene una lección suprema este gran libro, tan meditado, sentido, vitalmente sereno: siempre se acierta cuando se extiende la mirada con amor sobre el mundo y los hombres. El amor hace más inteligente. *Los encuentros* parece escrito en ese momento cenital del día o de la noche, cuando la sonrisa lo ilumina todo, cuando somos más agudos y limpios y tenemos la voluntad del que quiere hacer bien lo que hace sin pensar, sino en entender con el corazón tranquilo.

La técnica del boquete en el tiempo, para que las aguas del pasado fertilicen el momento, da una lejanía maravillosa al evocado: el paseo con Unamuno, el pasar melancólico de Baroja por el Retiro madrileño en otoño, la visión de Azorín por el joven estudiante, el conocimiento de Machado... y, al fondo, la soleá machadiana de su soledad:

Y la moza que yo quiero,
ay, preferirá casarse
con un mocito barbero.

Esta prosa también tiene un borbotón delicado de manantial, ese acezado hablar de Vicente, que parece frenado por temor a derramar toda su emoción, lo que da tan concentrada intensidad a su palabra. Palabra susurrada, dicha con ternura, en voz baja e íntima, confidencial, sostenida por una risa, excedente de cordialidad no conceptualizada. Pulso, tal vez sea la mejor definición de una prosa —tino— tan rica, tan rezumante de sugestiones, tan delicada y precisa, tan atenta.

Hay un fenómeno curioso en este libro: la coetaneidad quita perspectiva. Las evocaciones, como quiere el autor, son menos completas,

menos hondas, más instantáneas, cuando se ocupa de sus compañeros de generación que cuando ve admirativamente a los anteriores o tiene mayor altitud vital sobre los siguientes. La técnica del boquete en el tiempo, y la implicación del pasado en el presente, da un toque de cordialidad sincera a las estampas. Y la melancolía de lo sido. Y la responsabilidad de estar pasando. La altitud sobre el tiempo de los que vienen comporta totalidad a la visión.

En estas perdurables instantáneas sintetizadoras, de pronto, en un recodo de la prosa, aparece la mujer. En la vida de cada hombre, para bien o para mal, figura una mujer. En la vida de los hombres cumplidos, para bien. En la evocación de Ortega, un grupo de féminas —no la mujer: madre, esposa, hermana...— presumen de Ortega, se visten de Ortega, se enjoyan de Ortega. En la visión de Salinas, aquellos niños suponen una mujer en la sombra, una tejedora de orden y hogar, un modesto centro que se coloca fuera del rayo luminoso. Otra vez es Clementina, la noble compañera de Carles Riba.

A través de las evocaciones vicentinas se nos presenta con diafanidad el propio Vicente. Le vamos viendo crecer y sensibilizarse, desde los diálogos con Dámaso Alonso en Las Navas hasta el sillón de peluquero donde también se sentaba Machado. (Quizá sea esta evocación un encuentro reflejo, la estampa de más calidad y emoción del libro, con la "espumilla" de Leopoldo de Luis sobre la ola humana que se deshace en la estación del Metro de Estrecho.) Y luego yendo, tímido, de ojos azules muy claros, de piel muy ceñida al hueso en el cráneo del anacoreta de Velingtonia, frecuentador de hombres y días, auscultando el latido de las palabras, con atención investigadora, con paso leve y sin autoritaria marca sobre el suelo, preocupado por todo, amigo de todos, de una entereza radical poco sospechable en un hombre tan delicado, casi quebradizo. Vicente aparece en medio de sus evocaciones como Velázquez, su paisano, eje de su trabajo. Su sombra cordial es confianza, admiración por lo verdadero, atenta mirada a lo que advierte, respeto para lo pasado noble. Y siempre despiertísimo, preocupado por el futuro, no el suyo, sino el de la cultura, el de la poesía; dolorido del dolor de los hombres concretos, no de la musaraña de las abstracciones. Esta vida, vivida atentamente, desvendadamente, da peso justo y exactitud cordial a su palabra, de tan sabrosa vitola y significación: palabra esencial de poeta, que no habla sino para decir del mejor modo alcanzable en cada caso. La materia verbal y mental de *Los encuentros* es riquísima, recreada con entusiasmo devoto, sin detenerse en sí: puesta al servicio de la presentación vehicularmente. Por ello nos tenemos que parar a ver esta cualidad, porque las estampas humanas de Vicente Aleixandre colocan a la materia verbal en segundo plano. Después de la sen-

sación que presentan, debemos preguntarnos: ¿De qué están hechas estas significaciones? Entonces nos encontramos con la palabra, aquí en la doble función y valor dual del número, por sí y por el lugar que ocupa. Estas palabras no están sembradas a voleo, sino plantadas con delectación jardinera, una por una. El impulso emocional, el acto de simpatía de que parten las evocaciones, no ha desbordado la pluma del poeta, mientras que le ha depurado el paso, el color y el orden. Prosa muy cuidada, porque tal perfección diamantista no se da espontáneamente: la espontaneidad suele ser la selva o la mala crianza; la cultura es una lucha defensiva —y el estilo, y el hombre— para que lo primitivo cercador no haga salvajes los trozos exentos de maleza. La espontaneidad suele ser haraganería, desprecio al prójimo y a sí mismo en esa esfera sagrada en que en uno hay presencias superiores: ese o eso que se avergüenza cuando nos degradamos, el que sostiene la carne que se rebela.

Mas este cuidado y exquisitez no es envaramiento o preciosismo, sino plenitud. El poeta, el inspirado, el cuidadoso, para quien no es lo mismo una cosa que otra —todo es distinto, distinguido, y por eso distinguible, lo que implica la superación del caos original—, aparece al fondo de estas prosas clásicas de nacimiento, puestas ahí para recreo, pasmo y luminosidad de leyentes. Esta prosa alumbra el verso de Vicente, aunque no se hubiese podido dar nunca sin la previa existencia del poeta.

El estado de ánimo de que han nacido estas prosas tan nítidas, equilibradas y de buen timbre, es la admiración, que se hace más salvadora desde la herida que hace el haber vivido. Quizá su ultimidad está en las palabras finales de la estampa de Pedro Salinas, visto como racimo humano: "A través de los años, en la vida se ha conocido de todo y por casi todo se ha pasado. Queda el recuerdo noble de algunos seres que dicen un límite de humanidad, un límite sereno, verdadero, donde uno se pierde, donde parece uno haberse encontrado y reconocido." Y al admirar esas altas concentraciones humanas, el hombre abatido, cercado de sombras, se pone en pie, sonríe y sigue su tarea. Y se dice: "Sí; merece la pena." De ahí el gran valor moral y formativo de la admiración. ("El diablo no ama.") No se llega a plenitud mientras no se admira. Admirar supone sensibilidad, entendimiento: amor.—RAMÓN GARCIASOL.

CLAUDE TRESMONTANT: *La dostrine morale des prophètes d'Israel.* Editions du Seuil. París, 1958, 198 páginas.

He aquí un autor que trae mensaje. Ordinariamente suele decirse esto de los creadores literarios, pero puede aplicarse con igual propie-

dad a los intelectuales que no se limitan a ser depósitos de muerta erudición. Los mensajes pueden ser muy varios, en armonía con los dones que cada uno recibe, con el empleo y el giro que él les da, sobre todo con los íntimos llamamientos de la "vocación".

Hay mensajes que vienen a su tiempo, en tanto otros pertenecen más bien al pasado. El de Tresmontant llega a su hora. ¿En qué consiste? No es fácil decirlo en pocas palabras, pero es deber nuestro intentarlo al menos. Probablemente Tresmontant va a decirnos otras muchas cosas, porque es original, en el sentido de que sabe llegar hasta los orígenes de las ideas y recrearlas de acuerdo con su sentido pristino y con la problemática del momento.

El mensaje de Tresmontant, por lo menos el más acusado hasta ahora, consiste en revisar los fundamentos metafísicos de la cultura occidental, oriundos de Grecia, para mostrar su desacuerdo radical con las exigencias genuinas del Cristianismo.

Ya en su primera obra, *Essai sur la pensée hebraïque* (1953), apuntaba con gravedad esta impopular tarea, ratificada en *Etudes de métaphisique biblique* (1955), y que ahora recibe confirmación amplia en un libro llamado a tener enorme resonancia porque, además de insistir sobre la necesidad de orientar el pensamiento hacia las fuentes bíblicas, poniendo sordina al asombro que produce el "milagro griego", lanza una teoría de una novedad impresionante: la del *pecado colectivo,* que en gran medida condiciona y explica no pocos pecados individuales.

No hemos de ocultar nuestra total coincidencia con Tresmontant en su crítica de la metafísica y la moral helénicas, cantadas en todos los tonos por generaciones de pensadores embobados con reconstrucciones idealizadas de un "humanismo" mucho más válido como "proyecto" y "paradigma educativo" que como realidad histórica. Ha sido moda intelectual, sobre todo a partir del neohumanismo alemán, cantar loores a la idea griega del hombre, una idea que en manera alguna coincide con la cristiana, y profesar una cosmovisión anclada en conceptos opuestos a los que sirven de norte al Cristianismo. Las antinomias insolubles de Occidente tienen aquí su fuente y su raíz. No es un "humanismo impune", o no debería serlo, formar las nuevas generaciones poniéndoles ante los horizontes de la reflexión y del anhelo arquitecturas mentales y estimativas radicalmente contrapuestas a las que sirven al Cristianismo de cimiento y razón de ser. Pero no es momento adecuado para hablar del mito de las "humanidades", un mito lleno de peligros para la cohesión de la Cristiandad, que existió como una gran familia histórica antes de que el Renacimiento iniciase la diástole de los individualismos y los nacionalismos, consecuencias de la adoración "pagana" del hombre como "medida de todas las cosas".

La tesis del "pecado colectivo" se relaciona estrechamente con los designios de Tresmontant respecto de los errores de la filosofía helénica y romana. Sumidos en la onda individualista y de "casta", que sella tanto la metafísica como la ética clásicas, según prueba convincentemente el autor, el Occidente tiene del hombre una visión "atomista", desvinculada, en virtud de la cual no hay posibilidad de construir una moral dotada de interna consistencia. Desentendido de Dios y del prójimo, convertido en "nómada" solitario que vive para sí y en su propia satisfacción encuentra la justificación hedonista de su existencia, el hombre occidental es, para el pensamiento y el anhelo, un islote ontológico incapaz de ser implicado congruentemente en conjuntos sociales dotados de sentido.

Sólo volviendo a la Biblia, dice Tresmontant, podemos medir y apreciar el *misterio del hombre*, es decir, "el misterio de su dignidad", que se nos patentiza cuando comprendemos los deseos de Dios respecto de él. Por eso la ética cristiana no puede fundamentarse más que en la teología bíblica, y la exigencia de justicia se convierte en puro *flatus vocis* si no estamos dispuestos a admitir y realizar la igualdad de tratamiento de todos los hombres, cualesquiera sea su condición y su *status*, porque lo contrario es reincidir en las éticas paganas, en las que "algunas clases sociales sirven de medio... sin ser ellas mismas un fin".

Ello equivale a decir que la acepción primaria y esencial de la justicia no es otra que la *justicia social*, en tanto en cuanto "los problemas morales más graves se plantean en el nivel político", porque "el pecado es común, es por esencia comunitario porque se objetiva en estructuras sociales, en sistemas de "valores", en ideologías, en "tradiciones", en hábitos, en comportamientos colectivos, en "mentalidad" común al conjunto de los individuos que componen una sociedad dada, y el individuo que nace en ella es impelido por todo el ambiente, por educación, mimetismo, espíritu gregario y, claro está, por sus intereses personales, sus intereses de clase o de casta, a perpetuar este estado de pecado, este orden injusto, este sistema de opresión, este racismo, esta injusticia colectiva" (pág. 146).

He aquí la tesis de Tresmontant, tan valiente como clara. El es un teólogo y un escriturista destacado. Ahora los sociólogos y los políticos han de analizar la teoría del "pecado colectivo", determinando el papel de cada elemento en la composición de las "estructuras", ya sociales, ya psicológicas, para descubrir —lo que no es en modo alguno tarea fácil— el cabo del ovillo estructural que permita tocar los resortes decisivos para modificar un "estado de cosas".

Empeño ingente que convierte a la política en "servicio" y a la educación en faena política, capaz de proporcionar a miles de hombres

de buena voluntad en los próximos decenios un trabajo difícil, ciertamente, fruto y flor del mejor humanismo.—ADOLFO MAÍLLO.

EL ULTIMO LIBRO DE JORGE GUILLEN

Con *Viviendo y otros poemas* (1), la "Biblioteca Breve", de la editorial barcelonesa Seix y Barral, en la que encuentran muy logrado reflejo la novela, el cuento y el ensayo extranjeros de última hora, inaugura —y con un autor español— la serie de libros de poesía con que, desde ahora, enriquecerá también sus índices. El ceñido criterio de selección y actualidad que viene presidiendo la hechura de "Biblioteca Breve" aconsejaba el empleo de un volumen de primera calidad para la iniciación de su ciclo poético, felizmente llevada a cabo con el *Viviendo* del gran poeta vallisoletano, uno de los más sólidos valores de la robusta generación lírica española de 1925. Jorge Guillén, tan remiso a publicaciones como a descuidos, ofrece en su nuevo libro una representación de su tradicional, perdurable y, hasta 1950, inacabable *Cántico,* más una nutrida colección de sus dos obras inéditas, *Clamor* y *Homenaje,* significada la primera en los extensos poemas "El Acorde", "Dolor tras dolor", "Lugar de Lázaro" y "Viviendo" (págs. 51 a la 87), y *Homenaje* en la dilatada pieza "Tiempo perdido", recreación de la ovidiana "Metamorfosis", mientras que de *Cántico* se incluyen los poemas "Más allá", "Tiempo libre", "Anillos" y "Más vida"; de ellos, "Tiempo libre" (págs. 23 a la 35) es, sin miedo a hipérboles, uno de los más acabados y bellos poemas de la lengua castellana en lo que llevamos de siglo, pero nuestra nota se referirá más bien a las generosas representaciones inéditas (2) de *Clamor* y *Homenaje,* que justamente por ser inéditas recaban la protagonización de estas breves líneas.

Ya desde "El Acorde" se ostenta, revelada, la calidad de cuanto en este libro se incluye del vasto y futuro *Clamor.* Muévense los versos en torno al tema que, a nuestro juicio, constituye la radical cuestión ideológica de Jorge Guillén, y que no es otra que una afirmación de la hermosura de la vida sin exclusión de sus accidentes negativos y adversos, o, mejor dicho, contando con ellos para mayor esclarecimiento de lo que, llevado a simple expresión familiar, queda-

(1) *Viviendo y otros poemas,* de Jorge Guillén. "Biblioteca Breve". Editorial Seix y Barral, S. A. Barcelona, 1958.

(2) Todas lo son, excepto "Lugar de Lázaro", publicado en 1957 y en hermosa edición por la colección malagueña "A quien conmigo va". La edición de Málaga fué muy reducida, prácticamente de bibliófilo, y destinada casi a un grupo de amigos...

ría así: "Vivir, pese a todo, vale la pena". Lo deja dicho J. G. en este solo verso confirmador:

La vida, más feroz que toda muerte... (pág. 54).

Entiéndase que el adjetivo *feroz* no tiene en este caso ningún matiz peyorativo, sino de entusiástica y casi gozosa afirmación vital, según todo el resto del poema y, en general, toda la lírica guilleniana propugnan. Queda clarísima esta actitud, aun para el más tardío, en otros tres versos del poema que da concretamente título al libro, "Viviendo", y que con "Dolor tras dolor" forma una vigorosa y apesadumbrada pareja de poemas urbanos:

Mundo cruel y crimen.
Guerra, lo informe y falso, disparates...
NO IMPORTA.

También "Lugar de Lázaro" constituye un rotundo y esperanzado "sí" a la vida. En abierta diferenciación del espléndido "Lázaro" de Luis Cernuda, el resucitado de Jorge Guillén irrumpe desde su corrupción carnal a la vida misma y no a la segunda muerte en vida, al *horror de estar vivo* en la precisa expresión cernudiana, supuesto por el irrepetido regreso del personaje en el sentir del gran poeta sevillano. Del Lázaro de Guillén es particularmente notable, en la primera parte del poema, la descripción del muerto y las vagas, sobrecogedoras incorporaciones del mismo a su nuevo reino, en lenta y misteriosa progresión, hasta que, abriendo la segunda parte del poema y dicho en un romance de varia rima...

El Señor decidió entonces
asistir al tan borroso.
—Mucho duerme nuestro Lázaro.
Yo despertaré a mi amigo. (Pág. 69).

En el poema "Viviendo" hallamos una expresión plenamente guilleniana en cuanto a lenguaje, y emparentada, en cuanto a contenido, con la afinadísima y delicada sensibilidad del poeta, incapaz de negarse a las pequeñas molestas realidades de la vida moderna y sus bulliciosos cortejos mecánicos. Por la grandiosidad de un crepúsculo de gran ciudad —y por el poema— atraviesa, y se va en seguida, turbándolo todo de momento, un vehículo inconveniente al que se declara así:

Irrumpe una estridencia.
Atroz motor minúsculo trepida. (Pág. 83.)

Y, siguiendo al verso "Moriré en un minuto sin escándalo", aparece ésta a modo de llave de toda la poesía de J. G., en las cinco solas palabras de un endecasílabo como toda ella...

al orden más correcto sometido. (Pág. 84.)

En modo alguno comparto las opiniones de algunos amigos que me habían aludido a la dificultad u oscuridad de "Tiempo perdido", el largo poema con que se representa al libro *Homenaje.* No es ya que no las comparta, sino que ni siquiera se me alcanzan. Todo el pasaje nos parece extraordinariamente claro y en absoluto hermético; no cuesta seguir el proceso, casi argumental, y con desenlace, del mito clásico de Ifis y Anaxárete. El poema consiste mayormente en las quejas y ruegos del enamorado Ifis, y el poeta interviene en el sentido de describir el curso de la vieja historia, fijar la personalidad de sus figuras y asentar, con mano maestra, el pavoroso trance final de la petrificación de Anaxárete, vuelta mineral, puesto que lo fué antes para Ifis. El dilatado poema (págs. 87 a la 107) consta de quince fragmentos titulados y de diversa y armónica extensión; aparecen tres espléndidos sonetos ("Sin diálogo", "Esa boca" y "Contra el silencio") y cuatro décimas, de las cuales, la titulada "El Vencedor" presenta una bella variante eneasílaba, mientras que la particular asonancia de las otras, practicada por Guillén desde las primeras ediciones de *Cántico,* no va a sorprendernos ahora. No nos resistimos a transcribir el soneto titulado "Esa boca", cuyo voltaje poético y perfección formal percibirá el lector inmediatamente:

Esa boca, tan bella boca para
besar y ser besada bien, ¿por qué
no rinde con su implícita gran fe
culto expreso al amor, ya cara a cara?

¿Por qué sobre esos labios no se aclara
la sonrisa, ya en rumbo a quien la ve
como iluminación, y sigue a pie
modesto aquella luz aún avara?

El reticente rasgo de esa boca,
de pronto revelada valentía
de rojizo retiro tras blancura,

si el amor lo descubre y no lo toca,
si así no ha de saber lo que sabría,
¿para qué vanamente dura y dura?

FERNANDO QUIÑONES.

JORGE C. TRULOCK: *Las horas.* Ediciones Destino, S. L. Barcelona, 1958.

El motivo de atracción de un relato puede obedecer a muy diversas razones, al igual que cualquiera de los objetos que andan en torno a nuestra existencia y requieren nuestra atención. Unas veces

es el estilo literario; otras, los ambientes, las épocas, la manera de narrar, etc. En *Las horas,* primera obra de entidad de Jorge C. Trulock, me ha llamado la atención sobre todas las cosas su protagonista, Julián. Con base en él se teje la urdimbre del relato. Es más, Julián, en su discurrir, va haciendo realidad —como la araña cuando hila su morada— el entramado por el que discurre una parte de su existencia. Fuera del reducido mundo que vive el protagonista no se ofrece más.

La obra es una narración sencilla, más bien escasa de calificativos. Las complicaciones de cualquier género están ausentes. Como suele decirse: muy semejante a la vida misma. A esa vida menuda que casi no interesa de puro minuciosa, que sólo tiene valor cuando la suma de infinitos actos ofrece la resultante de ser humana. Es decir, la vida entre rutina y microaventura. La vida presidida por un azar que apenas quita o pone, por lo que no puede producirse la situación de grandeza trágica. La novela de las cosas y los pequeños hechos por que puede pasar la existencia de un ser humano.

Julián, el héroe, es un hombre a la deriva. Desligado. Apenas se conjuga con la vida social. Roza con ella. Es un individuo tangencial a la sociedad. A veces, más que protagonista es un pretexto para narrar, para prestar al relato calor humano. Si fuese melancólico y las injusticias de la sociedad se proyectaran sobre su circunstancia resultaría un tipo "chaplinesco". Si fuera zafio y egoísta quizá hubiera dado en pícaro. En realidad, vaga en un ambiente de franciscanismo abstracto. "A Julián le ocurre algo simple, simplísimo: la esperanza de obtener un objeto, por mínimo que sea, le alegra el corazón, le reconforta el espíritu." Anda entre gentes con las que no se enlaza. Tropieza con lo inútil: "Julián coge el papel y lee: en la primera línea, "asen los"; en la segunda, "en algo im"; en la tercera, "o. Esa hija q"; en la cuarta, aunque la primera letra está partida, es una c, "ce el listado". Mensaje tan inconcreto como el mundo de sus andanzas, como su quehacer. Su persona y su profesión encierran pocas complicaciones:

"—Muchas gracias, yo no tengo tarjeta... Julián..., no tengo profesión...

—¿Y de qué vive?, si no es impertinencia...

—Pues de lo que sale."

Vive flotando en el centro, o a un lado, de una sociedad hacia la que no se siente obligado por deber alguno. "El tampoco tenía una obligación con el patrón de ir a trabajar todos los días, de cumplir un contrato, o un convenio, o un tratado, o un pacto, o un lo que sea. El iba por allí cuando quería, hacía lo que le mandaban, pero sin

esforzarse demasiado, y siempre de muy buenas formas, por favor, o rogado, o suplicado. Luego, después que le decían lo que podía ir haciendo, él lo hacía, o no lo hacía, o lo hacía a medias. Así que no tenía que ir siempre, sino cuando quería (más de una vez se estuvo una semana sin aparecer), ni cuando iba tenía que trabajar inexcusablemente." Aparte de esta carencia de deberes y obligaciones la esencia de la vida de Julián no encierra más allá de las puras necesidades biológicas y un indeterminado sentimiento de conformidad: "Total: nada importante en mi vida —confiesa—, una vida cualquiera. La de un muchacho que sale todos los días a la calle para intentar comer. En fin, tampoco me puedo quejar. Cuando las cosas han ido demasiado mal, cuando lo único que me podía salvar era la ayuda de un amigo, siempre encontré a alguien que, si no muy dispuesto al favor, al menos, al fin, me sacó las castañas del fuego."

Julián es un personaje netamente urbano. Vive y deambula por una ciudad. Por un paisaje urbano de pesadilla muchas veces. Calles, casas, paseo de muy escasa delimitación. Lugares a secas. "La plaza tiene en medio como un chirimbolo altísimo. Los edificios están alrededor, sin simetría, como colocados sin ninguna norma. Es una plaza antigua, del tiempo en que no había apenas normas, como no fuera la norma de vivir, o la norma de amar, o la norma de lo que fuera, pero, como toda norma buena, apenas norma." "Lugares de los que la existencia del protagonista toma ese indefinido aire de vaguedad, de inconcreción casi negativa." Es un paseo agradable. No hay ganas de nada. No hay cansancio. No hay hambre. No hace calor. No hace frío. No hace nada. Se va andando como por encima de una nube, silenciosa, blanda, bella. "Podría pensarse que el peregrinaje por la ciudad engendra en el protagonista una especie de telurismo urbano. La ciudad ensimisma a Julián como la montaña, el valle o la llanura al hombre que vive cerca de la tierra." Va por el paseo como el que va por el campo, la vista atenta al suelo, el pensamiento en algo tonto que le entretiene: que la línea de este baldosín (y señala con la punta del zapato) está algo deforme, que el verde está feo. Al lado pasan las cosas, sordas, sin vida, como algo huidizo, como algo inalcanzable, como algo que se va de las manos, que se va para siempre. Y la gente se afana en murmurar de todo esto que pasa cercano, que viene muerto de raíz, pero que para ellos vive, porque vive todo aquello que les puede dar un rato de conversación, o de intriga, por lo que ser, por envidia, por desazón, por raquitismo mental, aunque esté muerto o vaya a morir."

La obra encierra el relato de un espacio de tiempo de la vida de Julián. Antes y después sólo hay, o sólo quedan, puntos suspensivos.

Si caprichosamente se desplazase el tiempo hacia delante o hacia atrás es casi seguro que hallaríamos lo mismo: unas horas de la vida de un hombre. Esto nos lleva a suponer que el autor ha pretendido, y lo ha logrado, mover un personaje, hacerlo fluir. Por lo que el libro, al no adaptarse a lo que con frecuencia se tiene por novela, no debe considerarse como ensayo de novela, sino como ensayo de un personaje. Cuestión que debe tener presente en todo momento el lector para no llamarse a engaño y para evitar enojosas comparaciones.—ANTONIO AMADO.

JOSÉ BERTI: *El motor supremo*. Editorial Plenitud. Madrid, 1957.

Esta es la tercera novela de asunto típicamente venezolano que publica Berti. La primera fué *El espejismo de la selva,* en la que este escritor tovareño muestra la aventura y la tragedia de la explotación del *balatá,* una especie de goma que se saca de ciertos árboles de la selva tropical sudamericana. La segunda fué *Oro y orquídeas,* en la que se desarrolla un drama de buscadores de oro en la misma selva.

Antes de aparecer estas novelas, Berti había publicado una serie de cuentos de su país, que reunió en un volumen titulado *Hacia el Oeste corre el Antabare,* en el que figura una novelita corta, *Menquí,* que describe la vida de los indios de la baja cuenca del Orinoco, y especialmente la de una india que lleva este nombre, que es la obra más lograda de este escritor y uno de los más bellos cuentos de indios de América.

La novela *El motor supremo* no se desarrolla en la selva venezolana, como las otras, sino en la sabana llanera, y así como en las dos novelas anteriores presenta el ambiente, las fatigas y los peligros de dos actividades económicas de la selva, la explotación del *balatá* y la busca de arenas auríferas, esta novela se desarrolla en un ambiente ganadero, que es la activdad más productiva de los llanos de Venezuela.

Por haber sido en su juventud, y aún en su madurez, empresario balatero y buscador de oro, presenta, en sus dos primeras novelas, un vivo y expresivo cuadro de cómo se realizan estas duras y peligrosas actividades, sus secretos y sus peligros: de modo que la dramática emoción de estas obras se acrecienta por el exotismo y el interés etnológico del ambiente en que los asuntos se desarrollan.

Lo mismo pasa con *El motor supremo,* en que la parte fundamen-

tal ocurre en la sabana llanera, en los ranchos ganaderos tan bien conocidos por el autor, ganadero en esta misma región.

Por esto se ve en esta novela, mejor aún que en las otras, el cuadro completo de una elemental explotación económica: la ganadería extensiva llanera: su ambiente, con los diversos tipos humanos que en ella intervienen, las variadas formas de vida, su vocabulario, sus modismos, sus refranes, etc., etc.

La pintura del ambiente es uno de los mayores aciertos que logra Berti en sus cuentos y novelas. Por sentir profundamente el paisaje y ser muy sensible a las bellezas de la Naturaleza las describe con emoción, con sentimiento; y esta emoción acentúa, con su dramatismo o su dulzura, la que tienen las escenas que en él se desarrollan.

José Berti ha ido a la novela de asunto tropical, de selva o de sabana, atraído por el paisaje, pues la llamada de estos grandes e inquietantes paisajes naturales, como la selva, la sabana, el desierto, el mar o las extensas soledades nevadas, atraen y obsesionan a los hombres que han vivido en ellos y han sentido la belleza y el misterio de sus profundos secretos. Los dramas humanos que en estos escenarios se desenvuelven sirven al escritor para acentuar las emociones del paisaje, no al revés, como sucede con otros escritores.

Por esto, el valor estético más depurado en la obra de Berti es el del ambiente y el de la vida elemental que en él se desarrolla: las pasiones humanas, los personajes, sus inquietudes y sus dramas están en segundo plano.

La riqueza de su vocabulario venezolano, la de sus expresivos modismos y refranes y las coplas populares que transcribe contribuyen a dar mayor realidad e interés a sus novelas y son muestra elocuente de que el autor ha vivido intensamente y durante muchos años vida selvática y vida llanera. No se trata de un vocabulario adquirido a fuerza de diccionario o de léxicos, ni tomado en un block, como notas de un circunstancial viaje de turismo o de simple exploración, sino un vocabulario biológicamente incorporado al lenguaje y estilo del escritor.

Precisamente por esto sería conveniente, si algún día se llegan a publicar en un tomo todas las obras de José Berti, que fueran seguidas del vocabulario de los venezolanismos y americanismos empleados por él, con la casi seguridad de que sería el más completo vocabulario de esta clase de un escritor que se haya publicado.

La pintura de personajes, sobre todo los rústicos, de indios, negros, mestizos o blancos que viven elementalmente sumidos en la naturaleza venezolana, es más real, más fuerte y más intensa que la

pintura del ambiente y de los personajes urbanos, entendiendo por tal ambiente no ya el de las ciudades, sino el de los mismos pueblos.

Para conocer la vida del llanero venezolano no creo que haya cuadro más real y más atractivo que el que Berti traza en esta noela, mucho mejor que alguno de los ensayos sociológicos dedicado al mismo asunto.

El resto de esta novela baja de emoción, a pesar de que sean más truculentas las escenas desarrolladas al principio y al final de ella; pero los capítulos fundamentales resaltados aquí bastan para que esta obra sea leída y aun consultada con extraordinario interés por su estilo sencillo, suelto y expresivo y por su valor sociológico.—JOSÉ TUDELA.

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XXXV

NUMERO 103 (JULIO 1958)

ARTE Y PENSAMIENTO

Páginas

ROF CARBALLO, Juan: *El problema del seductor en Kierkegaard, Proust y Rilke* ... 5
SÁNCHEZ-CAMARGO, Manuel: *La pintura de Solana*... 31
SÁNCHEZ MARÍN, Venancio: *Ocho poemas*... 40
CANELLADA, María Josefa: *Penal de Ocaña* (Diario de una enfermera)... 49
TUSÓN, Vicente: *Colette o el hambre de vida* ... 59
HAMILTON, Carlos D.: *"Tiempo" y otros poemas* ... 64

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

SÁNCHEZ MAYENDÍA, José Cristóbal: *El artificio de Juanelo en la literatura española* ... 73
BRECHT, Bertold: *Tres parábolas sobre arte*... 93
PAZ PASAMAR, Pilar: *Lo "chico" en la poesía de Neruda* ... 95
DÍEZ DE MEDINA, Fernando: *Alcide d'Orbigny, sabio y artista*... 99
CANO, José Luis: *El teatro de Pedro Salinas*... 102

Sección Bibliográfica:

GIL NOVALES, Alberto: *Un libro de Julio Caro Baroja*... 105
MAÍLLO, Adolfo: *Psychanalyse du lien interhumain*, del doctor A. Hesnard ... 112
AMADO, Antonio: *Cante en Córdoba*, de Anselmo González Climent... 114
TIJERAS, Eduardo: *Jean-Michel*, de John Knittel ... 117
GONZÁLEZ SEARA, Luis: *Ortega, una reforma de la filosofía*, de Paulino Garagorri... 119
QUIÑONES, Fernando: *Los días terrestres*, de Vicente Núñez ... 121

Portada y dibujos del pintor español Iglesias de Marquet. En páginas de color, Sección "Hispanoamérica a la vista", el trabajo de Luis Mariñas Otero *Panorama de la música hondureña.*

NUMERO 104 (AGOSTO 1958)

ARTE Y PENSAMIENTO

Páginas

SOBEJANO, Gonzalo: *Ganivet o la soberbia* 133
VALLDEPERES, Manuel: *La muerte olvidada* 152
FARRÉ, Luis: *Mecenazgo e independencia intelectual*... 157
FRAILE, Medardo: *Genoveva* 169
DUQUE, Aquilino: *La calle de la luna* 174
YERRO BELMONTE, Marino: *Los conceptos de la razón vital y su posibilidad cristiana*... 179

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas:

VILA SELMA, José: *La libertad de la inteligencia y el pensamiento de André Malraux* 199
SÁNCHEZ-CAMARGO, Manuel: *Indice de Exposiciones* 210
AMADO, Antonio: *Requiem por William Christopher Handy* 218
GONZÁLEZ SALAS, Carlos: *La poesía mexicana actual* 222
A. A.: *España en la XXIX Bienal de Arte de Venecia* 231

Sección Bibliográfica:

RIAZA, María: *El hombre y la gente,* de Ortega y Gasset... 235
QUIÑONES, Fernando: *Una introducción a la Historia de América* 238
QUINTO, José María de: *Cabo de vara,* de Tomás Salvador 241
FERRÁN, Jaime: *Un libro sobre la España primitiva y romana* 243
TIJERAS, Eduardo: *El coloso de Marusi,* de Henry Miller... 245
MAÍLLO, Adolfo: *Fuentes místicas de los conceptos morales de Occidente.* 248

En páginas de color: *Crónica del festival del folklore hispanoamericano de Cáceres,* por Manuel Orgaz. Portada del pintor español Rubio Camín; dibujos de Perales y de Hernández Pijuán.

NUMERO 105 (SEPTIEMBRE 1958)

ARTE Y PENSAMIENTO

	Páginas
ROSALES, Luis: *El quijanismo de Don Quijote*	257
OBREGÓN, Carlos: *Plegaria hacia el silencio*	285
SURO, Darío: *La pintura en Nueva York*	288
PERLADO, José Julio: *En torno a Albert Camus*	295
MARCO, Concha de: *El té del psiquíatra*	316

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas:

GIL, Ildefonso Manuel: *Obra novelística de Fernando Namora*	325
SÁNCHEZ CAMARGO, Manuel: *Indice de exposiciones*	332
QUINTO, José María de: *Jornadas literarias por Murcia*	337

Sección bibliográfica:

GARCIASOL, Ramón de: *Los encuentros*	340
MAÍLLO, Adolfo: *La doctrine morale des prophetes d'Israel,* de Claude Tresmontant	343
QUIÑONES, Fernando: *El último libro de Jorge Guillén*	346
AMADO, Antonio: *Las horas,* de Jorge C. Trulock	348
TUDELA, José: *El motor supremo,* de José Berti	351

Portada y dibujos del pintor español Carpe. En páginas de color, Sección "Hispanoamérica a la vista", el trabajo de Manuel Fraga Iribarne *Introducción a la historia constitucional del Brasil.*

INTRODUCCION A LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DEL BRASIL (*)

POR

MANUEL FRAGA IRIBARNE

(*) Los capítulos *III. La República de los Estados Unidos del Brasil* y *IV. Consideraciones finales* se publicarán en nuestro próximo número.

I. BRASIL, UN CONTINENTE DENTRO DE UN CONTINENTE (1)

Así titula su capítulo Germán Arciniegas (2), afirmando que "no es exacto decir que Brasil sea una nación, puesto que Brasil es un continente que todavía espera ser descubierto y puesto en producción" (3).

No hay duda, en efecto, que, desde el punto de vista del tamaño y las potencialidades, Brasil es el "país del futuro" (4), si ya no merece ser llamado "la gran potencia del siglo" (5) inmediato.

Con sus 8.516.037 kilómetros cuadrados, los Estados Unidos del Brasil ocupan el 47.3 por 100 de la superficie de América del Sur, con todos los países de cuyo subcontinente limita, menos Chile y Ecuador. Tiene, en efecto, 23.125 kilómetros de fronteras; de ellos, 15.720 terrestres (la obra maestra del barón de Río Branco) y 7.408 de litoral. Es la cuarta extensión continua de espacio terrestre entre fronteras, detrás de la U. R. S. S., Canadá y China; pero en Brasil, comprendido entre los cinco grados de latitud Norte y los 33 de latitud Sur, y con casi el 80 por 100 de su territorio comprendido entre los 200 y los 900 metros de altitud (6), no hay desiertos ni estepas, siendo el mínimo de lluvia 300 milímetros anuales. Hay gran variedad de zonas y climas en este "país de superlativos geográficos" (7), que presenta la estructura básica de un macizo (de 3 a 600 metros de altitud), con predominio de las tierras altas hacia el Sur y escoltado por dos grandes depresiones fluviales (8): la hoya amazónica y el Río de la Plata (9).

Las tres regiones naturales más importantes son, pues, la Amazonia, la Meseta y el reborde atlántico. La primera es la selva tórrida, llena de posibilidades difíciles de encauzar (10). La Meseta es por ahora la gran zona de expansión, hacia cuya conquista se lanza ahora el Gobierno, en la flecha de la nueva capital, Brasilia, prevista ya en la Constitución de 1891 y hoy en marcha en medio de una extraordinaria aventura (11). El país histórico y presente mira todo él a la costa, y cabe distinguir, en primer lugar, el Nordeste, semiárido y lleno de recuerdos de la era portuguesa: Bahía, Río Grande del Norte, Pernambuco, Sergipe, etc. Zona de plantaciones, limitadas por la sequedad, abunda la coatinga o semidesierto. Más al Sur está esa quinta parte del país, donde se concentra su mayor fuerza económica y demográfica; al Centro y al Sureste: Espíritu Santo, Río de Janeiro, Minas Gerais, São Paulo, Paraná, Santa Catalina, Río Grande del Sur, el Territorio del Iguasú y el Distrito Federal. Zona bañada por los ríos Paraná y San Francisco (12), se concentran en ella las grandes poblaciones de Río de Janeiro (13), São Paulo, Porto Alegre, Belo Horizonte, cuyo atrevimiento de líneas arquitectónicas contrasta con la majestad tradicional de San Salvador de Bahía o de Recife.

En este aspecto brasileño, la población ha crecido rápidamente, en un *meting pot* tropical mucho más dinámico aún que el norteamericano. Los 10 millones de 1872 pasan a 14 en 1890; 17, en 1900; 30,5, en 1920; 41, en 1940; 56, en 1953; unos 62, en la actualidad. Esto arroja una baja densidad de siete habitantes por kilómetro cuadrado, si bien este promedio, después de lo dicho, nada nos aclara sobre la distribución y asentamiento de estas poblaciones.

Distribuídos con equilibrio exacto los dos sexos, no ocurre lo mismo con los elementos raciales. Se suele admitir que son blancos un 44,4 por 100 (14), negros ("pretos"), un 10 por 100; mulatos ("pardos"), un 27,2 por 100; indios, un 2 por 100; mestizos ("caboclos"), un 15,5 por 100, y orientales o amarillos, un 0,7 por 100. Predomina, pues, en el gran crisol lo latino y lo africano,

con núcleos germanos (15) y eslavos, y teniendo lo autóctono un peso relativamente bajo (16).

El país es, como veremos, uno más lingüísticamente, y en lo espiritual predomina netamente el catolicismo, aunque la situación espiritual sea muy compleja (17). En todo caso, se observa una creciente integración, si no en la "raza cósmica" de que habla Vasconcelos, sí en un gran ideal nacional.

¿Se llegará, como creen algunos "geógrafos profesionales y optimistas profesionales", a un gran grupo de 800 millones de habitantes, vencedores del trópico? La respuesta la dará el acierto de las fórmulas económicas, sociales y políticas.

La estructura económica actual sigue siendo predominantemente agraria, pero en transición (18). Se da la paradoja de que Brasil, con su impresionante riqueza en materia prima vegetal, es un país fundamentalmente agrícola, que sólo cultiva el 4 por 100 de su suelo. Predomina, además, el monocultivo de "productos aristocráticos" (café, azúcar, algodón), los que hicieron posible la colonización (19) y siguen sosteniendo la balanza comercial: dos tercios del café mundial es brasileño, y su mayor parte sale del Estado de São Paulo, por Santos, "el puerto del café del mundo". La diversificación de los cultivos no se inicia hasta 1900: primero, los arrozales (1900-1914); después, la citricultura y los plátanos (1914 y siguientes); finalmente, el maíz y otros artículos de consumo, a raíz de la segunda guerra mundial. Pero la agricultura brasileña sigue teniendo problemas muy graves: la falta de comunicaciones y, consiguientemente, de mercados; la insalubridad de muchas zonas (20), el latifundio y el bajo nivel de productividad (21). Como observa J. Lambert, "la producción no ha aumentado más de prisa que el terreno cultivado ni que la población". Por otra parte, en todo el país no hay más que dos millones de propiedades (frente a cinco millones en Francia, por ejemplo); evidentemente, es ésta una de las causas del escaso porcentaje de la extensión cultivada, y más aún de la desproporción (sólo el 1,5 por 100) del territorio cultivado para producir alimentos.

Hasta la primera guerra mundial la agricultura y las producciones extractivas (incluso el caucho) fueron casi únicas. Después, la industria ha progresado a un ritmo rápido: en 1925 representa ya el 30 por 100 de la producción global, y en la actualidad rebasa el 60 por 100. El Estado de São Paulo consolidó aquí la misma superioridad que en la agricultura, por sus mejores condiciones de clima y demografía, es decir, abundante mano de obra y buenas comunicaciones, además de su cercanía al carbón del Sur y a los recursos hidroeléctricos. Los textiles abrieron la marcha, como en todas partes; luego, la siderurgia, culminando en el gran complejo de Volta Redonda. Los grandes filones de Minas Gerais han permitido alcanzar en 1947 una producción de 500.000 toneladas de mineral de hierro y 387.000 de acero. Hay también manganeso, y en cuanto a energía eléctrica, fabulosas posibilidades, apenas iniciadas con el gran salto de Paulo Alfonso, en el río San Francisco.

Los factores restrictivos del desarrollo económico del Brasil son la escasez de fuentes térmicas de energía, si bien ahora se entreabren las grandes posibilidades de la era atómica (22); la escasez de mano de obra cualificada y el atraso social y cultural de grandes sectores del país, económicamente pasivos. A esto se añade la dificultad de los transportes: Brasil posee, proporcionalmente, la red de caminos menos densa de Sudamérica (23).

Los más graves son los problemas humanos: la alimentación básica, a base

de arroz, mandioca, trigo y patatas (por este orden), acusa una dieta pobre, ausente de proteínas (24). La insalubridad y la alta mortalidad infantil (25) completan este cuadro de debilidad, al que ha de unirse, a pesar de los grandes esfuerzos realizados, un alto nivel de analfabetismo (26).

Con todo, es mucha más la esperanza que el problema. Brasil puede mirar confiado sus posibilidades y sus ya logradas realizaciones. Con su inmensidad territorial, que constituye la unidad mundial que agrupa más espacio útil; con su variedad climática, desde la Amazonia y el "infierno verde" a las "campinas" del Sur, pasando por el "sertao" o "matto" y la sabana herbácea, pero con claro predominio de las tierras fértiles; con sus importantes yacimientos minerales y su potencia demográfica, que está creciendo en un 12 por 100 cada diez años (27), no hay duda de que Brasil puede llegar a ser la gran potencia del siglo XXI.

II. LA FORMACION HISTORICA DEL BRASIL

¿Cómo llegó a *ser* Brasil? Nos interesa saber cómo llegó a ser una organización política, un Estado; pero antes hubo de formarse una sociedad, un pueblo, una nación.

A. Surgimiento de la sociedad brasileña.

La sociedad brasileña es el resultado de la fusión de tres razas en una estructura determinada, resultado de las condiciones económicas y de toda índole en que se realizó la conquista y colonización del país.

El 22 de abril de 1500, Pedro Alvarez Cabral, que con una flota se dirigía a la India, se desvió al Oeste y tocó la costa brasileña, por donde no mucho antes había cruzado Vicente Yáñez Pinzón. Portugal invocó el Tratado de Tordesillas e inició la descubierta del país con varias expediciones. La de 1501, en la que Vespucci descubre, el 1 de enero de 1502, la maravillosa bahía de Guanabara, y creyéndola un gran estuario la bautizó con el nombre de Río de Janeiro (enero). Siguieron veinticinco años difíciles: la India atraía más, con sus fáciles riquezas, y los piratas infestaban las rutas atlánticas.

Juan III fué el rey portugués (1521-1557) que puso fin a las vacilaciones. Crea, en 1532, el sistema de Capitanías, varias de las cuales fracasaron, mientras otras, como Pernambuco y San Vicente, tuvieron una vida próspera. En 1549 se pasa al control directo de la Corona, que nombra el primer Gobernador general y va absorbiendo los privilegios de los donatarios de las Capitanías.

Thomé de Souza llega acompañado de algunos militares y funcionarios y de media docena de jesuítas, cuya obra será decisiva en la conformación espiritual de la nueva sociedad. La labor de los grandes misioneros Manuel de Nóbrega y el español Padre Anchieta, el "Apóstol del Brasil" y fundador de Saõ Paulo (28), con su abnegado soportar "la cruz seca del Brasil", como la llama el también español P. Antonio Blázquez (29), y su gigantesca obra de redención de la raza primitiva, son el pilar más valioso de la nueva sociedad, en un proceso que tiene sus lados sombríos.

Porque la fusión de las razas no fué en Brasil, como en ninguna parte, un proceso cómodo. El bandeirante esclavizó al indio, y el negrero trajo en su barco doloroso el "carbón que llegaba destinado a la oficina de las razas" (30). Pero ningún parto se hace sin violencia. Brasil había de surgir de la impe-

riosa marcha hacia el Oeste y de la plantación extendiéndose alrededor de la "casa grande" del señor portugués.

Brasil inicia su gran marcha al Oeste mucho antes que los Estados Unidos, pero la terminará mucho más tarde, pues si la frontera se alcanza, tras ella quedan aún inmensos territorios, poblados por grupos tan primitivos como los que recibieron a los primeros marinos lusitanos. Los bandeirantes, "gigantes de botas", que "llevaban en el corazón dos fuerzas terribles: las saudades que arrastraban a los hombres de tierra para el interior más abstruso de la tierra, y la ambición, traída por los hombres de mar, que habían hecho un trágico juramento contra lo desconocido y la distancia" (31), hacen avanzar las fronteras del Brasil, y sobre su rastro de cazadores de esclavos "nació el cafetal, brotaron las ciudades e irguióse el rascacielos". La "bandeira" era una ciudad nómada... ligada por el interés común (Elhiott), de la que nace una fundación horizontal igualitaria, típicamente de frontera, frente a la fundación vertical de los cultivadores de caña de azúcar, asentados en las costas, en el régimen sedentario y aristocrático de las "casas grandes" (32). La "bandeira", por otra parte, fué el punto de partida para el mestizaje indio, que en vano intentaron evitar los heroicos jesuítas (33). ¿Quién tenía razón? ¿Los santos defensores del indio oprimido o los realistas partidarios de la mezcla? Probablemente, en el cielo, los primeros, y en la tierra, los segundos.

Mientras los "mamelucos" se adentraban al Oeste (34) y representaban el lado propiamente americano de la sociedad brasileña, en la costa se asentaba el sistema de plantación basado en la mano de obra negra (35). Hay que reconocer, por otra parte, que "en torno a los señores de los ingenios azucareros se creó el tipo de civilización más estable de la América hispana", ilustrado por la arquitectura pesada, horizontal, de las casas grandes (36). En torno al binomio casa grande (la residencia del señor portugués) y senzala (el barracón de los esclavos), Gilberto Freyre ha construído una versión aceptable de lo que fué el trasplante al trópico americano del señorío europeo, similar al del sur de los Estados Unidos, y basado en la esclavitud, siquiera la institución estuviera templada por el espíritu cristiano (37).

Cuando, en 1532, se organiza la sociedad brasileña ya Portugal conocía los trópicos (en sus establecimientos africanos e indianos) y el modo de vivir en ellos y de explotarlos. En Brasil aplicó estas fórmulas sobre una base más amplia. El resultado fué una sociedad agrícola y patriarcal (38). Con ella, Portugal, "la primera nación que intentaba una gran sociedad agrícola bajo el trópico" (39), acertó en lo esencial, que era establecerse y subsistir. Las exageraciones del sistema vinieron de que, en Brasil, los señores feudales no tuvieron enfrente (como en la América española) ni un clero fuerte ni un Estado poderoso.

Por lo demás, a diferencia de lo ocurrido en el Sur esclavista de los Estados Unidos, no surgió una sociedad racista. El negro, bien tratado la mayoría de las veces, no formaba una casta, sino más bien una clase, a la que estaba permitido el ascenso social, como en el caso del capataz de una "fazenda", que *antes* había sido "negro". El extraño sistema sexual produjo, por otra parte, una extensa mulatización (40) en la poligamia de hecho de las plantaciones, que había de hacer imposible, a la larga, todo sistema racista de castas (41).

De ambas formaciones sociales, la "bandeira" del mestizaje indio y la "fazenda" de la mulatización, nacieron las bases biológicas de la nueva sociedad.

B. Aparición del pueblo brasileño.

Sobre los dos pilares indicados nace una sociedad que, por supuesto, tiene mucha complejidad y supone otras muchas claves. Hubo la aventura de los mineros (primero el ciclo del oro, 1690-1770; luego, el ciclo de los diamantes, 1729-1800), que desde luego fué marginal, pues, como decía Diego de Meneses, "las verdaderas minas del Brasil son el azúcar y el palo brasil". La agricultura y la ganadería tampoco se presentan uniformes ni en el espacio (42) ni en el tiempo (43). De todos modos, por este lado sólo llegaríamos a uno de los elementos del ser brasileño: el de su gran variedad y su rápido dinamismo de transformación. Hoy coexisten, en realidad, varias sociedades brasileñas: la civilización atlántica, de las grandes ciudades; la civilización miota, de las pequeñas ciudades y las grandes "fazendas"; la civilización "sertaneja" o "caipira", de los núcleos aislados, y la civilización primitiva, de la selva y el altiplano desértico.

La clave de la unidad está no en los diferentes modos de adaptación ecológica al nuevo país (44), sino, por encima de ellos, en la forja de una conciencia de pueblo. Pesaron en ello muchos elementos. En primer lugar, la acuñación de las nuevas razas (45), que eran eminentemente brasileñas y distintas de sus progenitoras (46), más americanas que sus señores blancos, que se obstinaban en mirar a Europa (47). En segundo lugar, la conquista del centro minero, cuando el "ciclo del cuero" desembocó en el "garimpo" y se juntaron allí espíritus decididos del Norte y del Sur. En tercer lugar, las constantes entradas de las "ciudades viajeras" de los bandeirantes, que en sus "terriveis caçãdas humanas" abrieron múltiples vías de penetración. En cuarto lugar, la visión humana y la acción heroica de los misioneros, que hicieron fecundos los dolores de la fusión (48). Por otra parte, la Corona portuguesa, y más tarde el Imperio, lucharon sin descanso para unificar política y administrativamente el "archipiélago brasileño", para lo cual fueron las montañas el peor enemigo, hasta lograrse la conexión de Río con Minas por la "mantiqueira", y de São Paulo con Río Grande por Sorocabana.

Pero un pueblo necesita algo más que elementos positivos para surgir: hace falta el contraste, el "challenge" del exterior. Y éste vino muy pronto con las agresiones de herejes, piratas y Estados codiciosos. Los calvinistas franceses se establecen, con Villegaignon, en Río en 1555, y se repetirán los intentos galos de poner un pie en el país, con Duclerc, en 1710; y con Duguay-Tronin, en 1711. Más grave aún fué el intento holandés al desembarcar Mauricio de Nassau-Siegen en Pernambuco, en 1630, convirtiéndola en Moritzstadt; intentona que no será definitivamente liquidada hasta 1661 (aunque el período crítico va de 1624 a 1654).

Fué decisiva a este respecto la incorporación del Brasil a la Corona española en el período 1580-1640. En primer lugar, porque España puso todo su poderío al servicio de la defensa del Brasil en este momento crítico; y bien ha merecido don Fadrique de Toledo, el reconquistador de Bahía, que un reciente historiador brasileño le llame "el hidalgo español que salvó el Brasil" (49). En segundo lugar, porque la unión de los dominios bajo una misma Corona permitirá a los bandeirantes derribar el meridiano de Tordesillas y llevar la frontera de hecho mucho más allá de donde estaba en 1580 (50). Finalmente, el mismo hecho de no ser Lisboa, sino Madrid, la metrópoli favo-

reció el surgimiento de una autoconciencia potenciada por la lucha contra los holandeses, que les hizo ver su propia fuerza.

En el siglo XVIII el "despotismo ilustrado" de la metrópoli empezó a tener, al lado de sus éxitos administrativos, sus ecos de revuelta. El marqués de Pombal aumentó los poderes del Virrey y trasladó su sede a Río. Fué un momento de transformaciones económicas, pues las plantaciones brasileñas sufrieron una fuerte competencia de las del Caribe, decayendo Recife, Bahía y Pernambuco. Las minas cobran un auge correlativo, pero no sin problemas, en aquella sociedad de frontera, menos jerárquica que la del Nordeste. Ya en 1789 hubo de ser sofocada una revolución en Minas Gerais, contemporánea de la francesa (51). Es también una época de crisis espiritual: el genial Aleijandinho, en su simbolismo, critica la opresión metropolitana, y en sus obras grandiosas advierte Gilberto Freyre "un mensaje político", precursor del de Ribera y Orozco, del de Portinari y Cavalcanti (52). Finalmente, la expulsión de los jesuítas por Pombal tendrá graves consecuencias: casi otro Alcazarquivir.

Así se llega a la fecha del destino de los países iberoamericanos: 1808, cuando Napoleón irrumpe en la Península.

C. La idea nacional y la independencia.

La invasión napoleónica dió lugar a que la Corte lisboeta se pusiese a salvo en una escuadra británica, trasladándose a Río, y siendo el Brasil el ejemplo único de una colonia que se convierte en sede del Gobierno metropolitano. La nueva situación quedará reflejada por el decreto de 16 de diciembre de 1815, que habla del "Reino Unido de Portugal, Brasil y los Algarbes". Un poco más y tendremos la independencia; es decir, el Imperio, o sea el Estado nacional brasileño.

El Regente (más tarde Juan VI) reforzó la política de unificación que iniciara Pombal; eliminó múltiples restricciones a la industria y al comercio; estableció imprentas y escuelas, hospitales y un Banco Nacional; abrió, en fin, nuevas posibilidades al país. Por otra parte, inevitablemente hubo de reforzarse la vieja pugna entre peninsulares y criollos, e incluso hubo que sofocar militarmente una revuelta en Pernambuco. Mientras tanto, la América hispana se disgrega y florecen en todo el Continente las flamantes repúblicas.

La revolución liberal española complicó las cosas y la familia real tuvo que regresar. Don Pedro queda como Regente. Cuando, en 1822, recibe la imperiosa orden de regresar a su vez (53), la suerte queda echada, después del grito de Ipiranga. Una Asamblea Constituyente le proclama Emperador, y en breve las guarniciones lusitanas evacuan el país.

Don Pedro I rechazó las propuestas de la Asamblea, por parecerle demasiado liberal; disolvió aquel cuerpo deliberante (54) e hizo preparar otra, que, aunque se dijo presentada por los municipios, tuvo, en realidad, todas las características de una Carta otorgada. Así se abre, el 25 de marzo de 1824, la Historia constitucional del Brasil.

Don Pedro I había hecho ya bastante para la Historia, realizando la independencia del país, en el momento oportuno, sin odio y sin sangre: lo que no pudo ser en la mayoría de los países hispanoamericanos. Pero ya no le correspondería institucionalizar la nueva nación y vertebrar el nuevo Estado. Su conducta pública y privada tuvo fallos; hacia 1830 la oposición liberal era muy

fuerte. El año siguiente Don Pedro vuelve a Portugal para intervenir activamente en el destino de la Metrópoli (que por su intervención se decide por la senda liberal, frente a la tradicionalista), dejando como sucesor a su hijo niño, confiado "al honor de la nación brasileña" (55).

En este momento se inicia la verdadera estructuración del Brasil: el Brasil monárquico-aristocrático, que rendirá a fin de siglo una próspera cuenta. Pedro I era todavía un déspota ilustrado, al que no faltó siquiera una Pompadour en la marquesa de Santos. A su abdicación, Brasil realiza una experiencia cuasirrepublicana, con la elección del Regente por los representantes de la Nación.

Pero el Brasil era una aristocracia, cuyas "casas grandes" no habían destruído ninguna "guerra a muerte". Son los plantadores del Nordeste, es la aristocracia paulista, con sus títulos de nobleza, sus hijos educados en Europa, sus ideas iluministas; son los palacios de Río, que todavía (Itamaraty, Catete) nos traen el recuerdo de los saraos de la época imperial. Fueron ellos los que, apoyados en la monarquía, impidieron el caudillismo y la anarquía, que asolaron la América hispana.

No fué fácil la transición, sin embargo (56). La Regencia provisional, de tres personas, y luego la definitiva, igualmente trina, se encontraron con situaciones difíciles: sublevaciones en las provincias, guerras sociales, como la de los "farvapos", que agitó a Río Grande del Sur de 1835 a 1845, y en la que participó nada menos que Garibaldi. Los conflictos entre "retrógrados" y "exaltados" estuvieron a punto de hacer saltar el sistema, salvado por la figura interesantísima del clérigo P. Diego Antonio Feijoo, ministro de Justicia y Regente (57), al frente de un grupo de "moderados". De entre ellos saldrá la gran figura del marqués de Paraná, que le relevará en 1832, después del "golpe de la cabeza fría", que salvó la institución del Senado y trajo al primer plano al "Indoblegable" como jefe nato de aquellas "cien familias que dominaban Brasil".

La Constitución de 1824 establecía una Monarquía unitaria y católica, con un Emperador fuerte y dos cámaras: un Senado vitalicio, nombrado por el Rey sobre una "lista tríplice" que le era propuesta por elección indirecta, y una Cámara con mandato de cuatro años. La Regencia inicia una experiencia de parlamentarismo que logra encamar en dos partidos, conservadores y liberales, más frecuentemente llamados "saquaremas" (58) y "luzias" (59), sin diferencias radicales, aunque al primero están vinculados elementos más tradicionales, descendientes de los "fidalgos" o funcionarios portugueses; mientras que los liberales representan a los "fazendeiros", con tendencia más autónoma y progresista (60).

En 1841 Don Pedro II fué proclamado Emperador, a los quince años. Inmediatamente este hombre capacísimo, que decían que de no ser Emperador hubiera sido profesor (61), se convirtió en el jefe nato de la aristocracia, magnífico ejemplo de clase dirigente auténtica, que "produjo auténticos estadistas de su tierra y de su época, al tiempo que las clases privilegiadas del Plata daban meros retóricos, ceñidos a frases y a fórmulas de aplicación universal e intemporal" (62). Don Pedro realizó una función dificilísima: si es exagerado decir que fué un modelo de régimen constitucional o que su régimen fué una "democracia coronada", él, en verdad, "atinó a comprender a su pueblo y supo cumplir la difícil misión arbitral de un *primus inter pares* en un régimen aristocrático" (63).

Por lo demás, aunque la Constitución recuerda a las europeas de la era doctrinaria, su aplicación la redujo a mera apariencia. Detrás de la Cámara de Diputados no había una burguesía fuerte, ni mucho menos una opinión popular. Los hombres libres (en realidad, los propietarios) elegían en cada provincia los diputados y las ternas de las que el Emperador extraía los senadores, los diputados de las asambleas provinciales y los "vereadores" de los municipios. La mayor influencia era la de la Policía, que, municipal hasta 1841, fué aquel año, por la ley del Proceso, puesta a disposición de los presidentes de las provincias, nombrados por el Poder central.

Todo giraba, pues, en torno al Emperador, el verdadero gran elector. Su "poder moderador" era, en realidad, el sucedáneo de la incipiente representación nacional. De aquí la dificultad de su misión (64), que, por otra parte, era inevitable. El Monarca "gobierna porque no le dejan reinar"; conservadores y liberales no piden su arbitraje, sino su intervención. El Emperador les atribuye alternativamente el poder, con discreto tacto, auxiliado por el Consejo de Estado, máxima pieza del sistema aristocrático, al que no llegaban las pugnas entre "saquaremas" y "luzias" (65).

En 1847 se creó la Presidencia del Consejo de Ministros, que el Emperador, fiel a su principio de utilizar solamente el mínimo indispensable de poder, atribuye alternativamente a los dos partidos con el decreto de disolución.

En esta situación el Imperio alcanzó un gran esplendor. En 1852 su intervención al lado de Urquiza derriba a Rosas, derrotado en Caseros; y en 1870 pondrá fin a la gran época de los López en el Paraguay. Pero, como suele ocurrir, las cosas de los hombres nunca están más cerca de su ocaso que cuando llegan al cenit (66).

En 1870, en efecto, en plena euforia de las victorias exteriores, comienza la inquietud que pondrá fin al régimen. El contacto de la oficialidad brasileña con la republicana de Mitre, en la guerra del Paraguay, inició la deflación del ideal monárquico en un sector particularmente delicado (67). Los gastos de la guerra crearon problemas económicos. En lo ideológico surgen clubs republicanos (68), con infiltración en los medios militares por la labor proselitista de Benjamín Constant, profesor de la Escuela Militar de Río. La ampliación del sufragio por la ley Saraiva (1880) no se consideró suficiente en este orden de ideas.

Entre los factores sociales que militaron a favor del cambio ocupa un lugar primerísimo la abolición de la esclavitud. Esta era, a la larga, inevitable; era inconcebible, como decía Hipólito da Costa, "una nación libre que mantiene la esclavitud". La ley de Eusebio de Queiroz, de 4 de septiembre de 1850, prohibió la trata de negros, si bien no impidió del todo la entrada clandestina, el "crimen del comercio negrero", denunciado por Castro Alves, iniciador de la poesía social (69). La ley Río Branco (1871) inició la abolición progresiva de la odiosa institución, estableciendo la "libertad de vientres", completada por la ley de 1888 (70), firmada por Isabel, la hija de Don Pedro, Regente en ausencia de su padre, que viajaba por Europa. La abolición sin indemnización puso en contra a gran parte de los terratenientes (71), abriendo, además, un rápido proceso de recambio social (72). Todo el sistema social va a evolucionar en una línea, por lo demás muy congruente con lo que venía ocurriendo desde los comienzos, pero que ahora sufre una gran aceleración (73).

El segundo gran factor fué el ideal federalista, que, por lo demás, muchos (como Ruy Barboso) creían compatible con la Monarquía, pero que en la prác-

tica fué uno de los arietes para derribarla (74). Ya en la época de Don Pedro I tuvo una gran importancia el movimiento de la "Confederación del Ecuador". En 1831, Carreiro da Cunha, defendiendo el federalismo en el Parlamento, afirmó que, en realidad, "ya existía, aunque más o menos oculto"; y, en efecto, una ley de 1833 avanzó bastante en el sentido de una "Monarquía federativa". El Acto Adicional de 1834 aumentó notablemente la autonomía de las provincias, en las que se establecieron asambleas legislativas (75). Sin embargo, la designación de Presidente provincial siguió en manos del Emperador, y éste era cabalmente el puesto que interesaba a los caudillos criollos (76). En todo caso, las asambleas provinciales permitieron la revelación de hombres públicos locales que luego pasaban a Río.

Los republicanos supieron explotar hábilmente estas aspiraciones federalistas y las incluyeron en su Manifiesto. En la década 1878-1888 el problema se ocultó detrás del más voluminoso de la esclavitud; pero cancelado éste por la "ley Aurea", volvió al primer plano. Grandes figuras, como Joaquín Nabuco y Ruy Barbosa, defendieron la federalización del Imperio, como alternativa a la República. El fracaso del Plan Ouro Preto (1889), de autonomía limitada, dió paso al golpe de Estado que estableció la República (77).

Otros elementos de peso fueron las escasas capacidades de los presuntos de Don Pedro (78) y el conflicto de la Corona con los militares (79). Todo ello contribuye a explicar la inexplicable caída del Emperador Don Pedro II, bajo cuyo mando el país había pasado de 4 a 14 millones de habitantes, había construído 10.000 kilómetros de vías férreas y había encauzado la inmigración, que sólo el año de su caída aportó 100.000 personas; todo ello en medio de espectaculares éxitos militares y diplomáticos. Era opinión unánime entre los mismos republicanos que se debía, por ello, esperar a la muerte de Don Pedro, ya viejo y diabético, y que veneradísimo por su pueblo, amigo personal de Víctor Hugo, de Herculano y de Pasteur, se mantenía digno y con la cabeza firme.

Pero el "Ejército deliberante" se adelantó a los "cadetes filósofos". Movidos por Benjamín Constant, se impusieron al resto del Ejército y tuvieron el instrumento adecuado en el mariscal Deodoro de Fonseca, mientras el país asistía atónito a los acontecimientos. El Emperador salió dignamente, sin aceptar la suma que se le ofrecía, al no poder aclararle de qué capítulo del Presupuesto salía. El Presidente de Venezuela, Rojás Raúl, comentó: "Se ha acabado la única República que había en América: el Imperio del Brasil." Y más de un brasileño repetirá alguna vez la vieja frase: "Que la République était belle sous l'Empire."

NOTAS

(1) Véase (aparte de las otras referencias en este prólogo y en la obra del profesor Cavalcanti): Alfonso Rinos de Mello Franco, "O indio brasileiro e a Revolução Francesa", Río, 1937, y "Desenvolvimento da Civilização material no Brasil", Río, 1944; José Alenxar, "O systema representativo", Río, 1868; Almeida, "Estado e comentarios da reforma eleitoral", Río, 1875; Oswaldo Aranha Bandeira de Mello, "Naturaleza jurídica do Estado Federal", São Paulo, 1937; Raimundo de Araujo Castro, "A nova Constitução brasileira", Río, 1935; "A nova Constitução de 1937", Río, 1938, y "Accidentes do trabalho", Río, 1939; Azevedo Amaral, "O Estado autoritario e a realidade na-

cional", Río, 1938; Fernando de Azevedo, "A cultura brasileira", São Paulo, 1944, y "A Sociologia na América Latina e particularmente no Brasil", en "Revista de Historia" (São Paulo), 1950; Gustavo A. Bailly, "Manual do funcionario público", Río, 1938; Julio Barala, "O espiritu da nova Constituição", 2.ª ed., Río; J. Carbalho, "Constituição Federal Brasileira", 1932; Jayme de Barros, "A política exterior do Brasil", Río, 1943; "O que o integralista debe saber", Río, 1936; Barroso, "Historia militar do Brasil", São Paulo, 1938; Humberto Bastos, "A marcha do capitalismo no Brasil", São Paulo, 1944; Achilles Berilacqua, "Constitução da Republica dos Estados Unidos do Brasil", Río, 1950; M. Bonfiu, "O Brasil na America", Río, 1929; Themistocles B. Cavalcanti, "A Constitução Federal Comentada", 2 vols., Río, 1948; Lemos Britto, "A nova Constitução Brasileira", Río, 1934; Pedro Calmón, "Curso de Dereito Constitucional Brasileiro", Río, 1937; "Historia da Civilização brasileira", 1935 (trad. esp., Buenos Aires, 1937), "Historia diplomática do Brasil", Belo Horizonte, 1941; J. P. Calogeras, "Formação historica do Brasil", 1935; J. A. Camacho, "Brazil; an interior asessment", Londres, 1952; Francisco Campos, "Anticipações a reforma politica", Río, 1940; Manoel Cardozo, "Brazil", 1947; Benjamín C. Braga (junior), "Condição juridica dos extrangeiros no Brasil", 1923; Levi Carneiro, "Pela nova Constitução" (Biblioteca Jurídica Brasileira, vol. XXIII); Catta Preta, "Organização política do Brazil", en "Livro do Centenario dos Cursos jurídicos", vol. I, 1928; Epitacio Pessoa Cavalcanti de Alburquerque, "Getulio Vargas", Río, s. a.; Manoel Cavalcanti de Cavalho, "Evolução do Estado Brasileiro", Río, 1941; N. Andrew Cleven, "Dictotorship in Brazil", en "Events", vol. II, núm. 12; "Constituções federal e estaduáis. Textos vigentes", Río, 1952; Monis Cooke, "Brazil on the March", N. Y., 1944; Mercedes Dantas Lacombe, "A força nacionalizadora do Estado Nacional", Río, 1942; A. D'Escragnolle Taunay, "Historia geral das Bandeiras paulistas", 6 vols., 1924-1930; José Duarte, "A Constitução Brasileira de 1946", Río, 1947; Gil Duarte, "O paisagem legal do Estado Novo", Río, 1941; Eduardo Espínola, "A nova Constitução do Brasil", Río, 1946, y "Constitução dos Estados Unidos do Brasil", 2 vols., 1952; Tito Livio Ferreira, "Genese social da Gente Bandeirante", São Paulo, 1944; Waldemar Ferreira, "O contenido económico da Constitução brasileira de 1946", en "O Direito", Río, 1948; Max Fleinas, "Historia administrativa de Brasil, 2.ª ed., 1925; Gondin de Fonseca, "Biografía de Jornalismo Carioca, 1808-1908", Río, 1941; Felisbelo Freiro, "Historia constitucional da República dos Estados Unidos do Brazil", 1894; Gilberto Freyre, "Aspectos da influencia da Canna sobre a vida e a paisagem do Brazil" Río, 1937, "O mundo que o portugués criou", Río, 1940, "Regiao e tradição", Río, 1941, "Interpretación del Brasil", México, 1945, "Casa Grande e Senzala", 6.ª ed., 2 vols., Río, 1950 (y sus continuaciones, "Solvados e Mucambos", São Paulo, 1936, etcétera); Paul Frischaner, "A biography of President Vargas of Brazil", N-Y., 1942; I. Goldberg, "Brasilian Literature", 1922; Gomes Ribeiro, "A genese histórica da Constitução federal", 1917; Castillos Goycoechea, "Fronteiras e Fronteiros", São Paulo, 1943; Bryan Green, "Brazil", N-Y., 1937; Ernest Hambloch, "His Majesty, the President of Brazil", N-Y., 1936, y "Fascists trends in Brazil", en "Fortnightly", vol. CXLII, págs. 477-486; H. Handelmann, "Geschichte von Brasilien", 1860; J. C. Harsch, "Has Brazil gone fascist?", en "World Affairs", marzo 1938; C. H. Having, "Dictatorship in Brazil", en "Haward Guardian", vol. II; Caryl P. Haskins, "The Amazon", N-Y., 1943; Henri Hauser, "Patriotisme brasilien", en "Revue Politica et Parlamentaire", vol CLXXIII, págs. 62-72; S. de St. Hilaire, "Voyage dans l'intérieur su Brésil", 8 vols., París, 1831-51; L. F. Hill, "Diplomatic relations between the U. S. and Brazil", 1932; Lawrence F. Hill (y otros), "Brazil", Berkeley, 1947; Olive Holnus, "Brazil: rising power in the America", Nueva York, 1945; B. Hunicut, "Brazil: Worlds Frontier", 1949; Karl H. Hunsche, "Der Brasilianische Integralismus", Stuttgart; P. Jacques, "Novos rumos do Direito constitucional", en "Revista Forense", Río, 1950; H. G. James, "Brazil after a Century of Independence", N-Y., 1925, y "Constitucional System of Brazil", Washington, 1923; J. Jobim, "Brazil in the making", 1943; D. Jobim, "Two revolutions: F. D. Roosevelth, G. Vargas", N-Y., 1941, y "Inmunidades parlamentarias", en "Revista Forense" (Río), 1950; Emil Jordan, "Panorama

do Brazil", N-Y., 1946; Vera Kelsey, "Seven Keys to Brazil", N-Y., 1940, y "Brazil in capitals", N-Y., 1942; O. P. Kidder y J. P. Fletcher, "Brazil and the Brasilians", 1879; Rudgard Kipling, "Brasilian Sketches", N-Y., 1940; Klinghoffer, "La pensée politique du Président Getulio Vargas", Río, 1942; Paulo de Lacerda, "Principios de Direito Constitucional Brasileiro", 1929; G. Lafond, "Le Brésil"; Fedor Lazzlo (y otros), "Brazil", 1941; Faustino J. Legón, "Reorganización del sistema constitucional del Brasil", Buenos Aires, 1935, y "Carácter y contenido de la Constitución brasileña de 1937", Buenos Aires, 1938; Herbert van Leisen, "Les États-Unis du Sud, le Brésil", Ginébra, 1950; Hermes Cima, "Notas da vida brasileira", São Paulo, 1945; Linares Quintana, "La reforma constitucional brasileña", en "La Ley", 1946; T. Lynn Smith, "Brasil, People and Institutions", 1946; Karl Loewenstein, "Brasil under Vargas", N-Y., 1942; C. A. Lucio Bittencourt, "O controle jurisdicional de constitucionalidade das les", en "Revista Forense" (Río), 1951; Roberto Barcellos de Magalhaes, "Sistema constitucional brasileiro", Río, 1948; Darío de Almeida Magahaes, "Evolución constitucional y política del Brasil", en "Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales" (Montevideo), 1950; A. K. Manchester, "British preeminence in Brazil", 1933; P. A. Martin, "Federalism in Brazil", en "The Hispanic-American Historical Review", 1938; Carlos Maximiliano, "Comentarios a Contitução Brasileira", 3.ª ed., 1929, y nueva edición, 3 vols., 1948; Renato de Mendoza, "Pequeña historia do Brazil", Lisboa. 1946 (trad. española, Madrid, 19); Arístides A. Milton, "A Constituição do Brazil", Río, 1898; Raymundo de Monte Arraes, "O Brazil e os regimes occidentais", Río, 1943; Pontes de Miranda, "Comentarios a Constituição Federal", 2 vols., 1938, y 4 vols., 1947; T. Monteiro, "Historia do Imperio. A elaboração da Independencia", 1927; R. Nash, "Conquest of Brasil", 1926; J. F. Normano, "Brasil, a study of Economic Types", 1935, y "An Economist's Problems and Possibilities in Brasil", Boston, 1941; M. Oliveira Lama, "Formación histórica de la nacionalidad brasileña", Madrid, 1918; Oliveira Viana, "Evolución del pueblo brasileño", Buenos Aires, 1937; Oliveira Vianna, "Problemas de política objetiva", São Paulo, 1947, "Idealismo da Constituição", 2.ª ed., São Paulo, 1939, y "Instituções políticas brasileiras", São Paulo, 1 vol., 1949; Xaxier de Oliveira, "O problema imigratorio na Constituição brasileira", Río, s. a.; Passalacqua, "O poder judiciario na Constituição Federal e nas Constituções dos Estados", São Paulo, 1936; A. Paula, "O Brasil en marcha", Río, 1943; J. M. Pereira da Silva, "Historia da fundação do Imperio", 7 vols., 1864-1868; H. A. Phillip, "Brasil", N-Y., 1945; D. Pierson, "Negroes in Brasil", Chicago, 1942; Airose Pimpao, "Getulio Vargas e o Direito social trabalhista", Río, 1942; Macario de Lemos Pincanco, "Nova Constituição da Republica dos Estados Unidos do Brasil"; Waldemiro Potsch, "O Brasil e suas riquezas. Brasilogia", Río, 1943; Caio Prado, "Evolução política do Brasil", 1933, y "Formação do Brasil contemporáneo", 1936; Arthur Ramos, "Las poblaciones del Brasil", México, 1944; Rubin Rezende, "Reservas de Brasilidade", São Paulo, 1939; Richarz-Simmons, "Die dritte Brasilianische Verfassund vom November 1937" en "Iber. Amer. Archiv", vol. XII, págs. 244-254; Joaquim Rodriguez de Sousa, "Constitução politica do Imperio do Brasil", 2 vols., San Luis de Maranhao, 1867; E. da Rocha Pombo, "Historia do Brasil", 10 vols., 1905; Gerardo Rocha, "Nacionalismo", Río, 1937; Theodore Roosevelt, "Through the Brasilian Wilderness", 1914; F. M. Rodríguez Alves, "As bases da unidade nacional", São Paulo, 1940; Agenor de Roure, "A Constituinte Republicana", 1920; Franco de Sa, "A reforma da Constituição", Río, 1880; Ricardo Sáenz Hayes, "El Brasil moderno", Buenos Aires, 1942; Plinio Salgado, "O que é o Integralismo", Río, 4.ª edición; José M.ª dos Santos, "A política geral do Brasil", 1930; M. Serpa Pinto, "The New Constitution of the U. S. of Brasil", Río; Diego Sevilla, "La Constitución brasileña de 1946", en "Información Jurídica", 1947; Max Schmidt, "Estudios de Etnología brasileira", São Paulo, 1942; P. Schmieder, "Landerkunde Sudamerikas", 1932; Murilo Silveiras, "Pontos de Direito Constitucional, Civil e Administrativo", 2.ª ed., Río, 1940; R. Simonsen, "Historia económica do Brasil", 2 vols., 1935; T. L. Smith, "Brasil: people and institutions", Baton Rouge, 1946; T. L. Smith y A. Marchant, "Brasil, portrait of half a Continent", N-Y., 1951; Gabriel

Soares de Souza, "Noticia do Brasil", São Paulo; Heráclito Solval Pinto, "As Forças Armadas en face do momento político", Río, 1945; Souquet, "Essai sur la structure et l'évolution du capiltalisme brésilien", París, 1951; R. Soutjhe, "History of Brasil", 3 vols., 1917-1922; Antonio Souto Castagnino, "A nova Constitução brasileira promulgada aos 10 de novembre de 1937", Río, 1938; Vicente Tapajos, "Historia do Brasil", São Paulo, 1946; José Teixeira de Oliveira, "Diccionario brasileiro de Datas históricas", Río, 1944; J. Ignacio Tena Ybarra, "Evolución constitucional del Brasil", en "Revista de Estudios Políticos" (Madrid), núms. 31-32, págs. 201-216; Pedro Timotheo, "O Poder judiciario sob a nova Constitução", Río, 1936; Alberto Torres, "Organização nacional", 1914, y "O problema nacional", São Paulo; Getulio Vargas, "A nova politica do Brasil", Río, 5 vols., "O Estado novo e o momento brasileiro" y "Problemas e realizações do Estado novo"; F. A. Varhagen, "Historia do Brasil", 2.ª ed., 1877; Agripino Veado, "Código eleitoral", Río; Vedia y Mitre, "Concordancias de la Constitución con la de Estados Unidos y Brasil", Buenos Aires, 1922; Mario de Veiga Cabral, "Compendio de Chorografía do Brasil", Río, 1942, e "Historia de Brasil", Río, 1944; H. Watjen, "Das hollandish Kolonialreich in Brasilien", 1921; Nelson Werneck Sodré, "Formação da Sociedade brasileira", Río, 1944; A. C. Wilgus, "Argentina, Brasil and Chile since Independence", 1935; G. Wythe, "Brasil, an expanding economy", 1949; Stefan Zweig, "Brasil, land of the future", Nueva York, 1941 (trad. española, Buenos Aires, 1944).

(2) Arciniegas, "The State of Latin America", Nueva York, 1952; "Brasil; a continent nithin a continent", pág. 196 y ss., capítulo XX.

(3) *Op. cit.*, pág. 196.

(4) Stephan Zweig, "Brasil, país del futuro", Buenos Aires, 1944; L. E. Elliot, "Brasil, to-day and to-morrow", N-Y., 1947; L. Galvani, "Brasil moderno", Milán, 1948.

(5) Antonio Meijide Pardo, "Brasil, la gran potencia del siglo XXI", La Coruña, 1935.

(6) Sólo el 3 por 100 del país está a más de 900 metros de altitud. Más o menos, los tres octavos del Brasil pueden ser considerados como planicie, y los cinco octavos como altiplanicie de altitud media.

(7) Ved, además de la excelente obra de Meijide (probablemente la más completa Geografía económica del Brasil), el folleto "Brasil", de la Unión Panamericana (Washington, 1945); "Glimpe of Brasil", publicado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, 1949; "Brasil 1948", publicado por el Ministerio de Relaciones Exteriores; Benjamín H. Murriet, "Brasil Looks Forward", 1945, y la "Sinopse do Censo Demográfico. Datos Gerais", del propio Instituto de Geografía y Estadística (Río, 1946).

(8) El Brasil dispone de 45.000 kilómetros de ríos navegables, incluso los 5.000 del Amazonas, pór donde pueden pasar trasatlánticos. Posee 50.000 especies vegetales, en la totalidad de los climas vegetales, y 350 millones de hectáreas de bosques. Sólo en los tres estados del Sur hay 200 millones de pinos.

(9) Límite geopolítico que ya Portugal intentó alcanzar en la Colonia de Sacramento, y que el Imperio logró cubrir con el estado-tapón uruguayo. Ved mi prólogo a "Las Constituciones del Uruguay".

(10) Hoy la Amazonia es el típico "espacio vacío"; mañana podrá ser el grandioso granero tropical, centro de atracción de las masas excedentes de las zonas superpobladas. Hay, sin embargo, diversidad de opiniones; parece que el "edafon" no es igualmente bueno en todos los sectores.

(11) La estación ferroviaria más cercana está a 150 kilómetros, y la carretera asfaltada, a 800 kilómetros. Brasilia "se compone de dos campos de aterrizaje, de los cimientos de la residencia presidencial, de algunos hoteles de madera, de cinco ventanillas bancarias, de 5.000 peones albergados en tiendas de campaña y de un crédito de 10.000.000 de dólares abierto en el Export-Import Bank" (Raymond Cartier). Pero hay, además, el genio del país y de sus arquitectos, con el gran Niemeyer a la cabeza.

(12) La cuenca totalmente brasileña, "río de la unidad nacional" y "cuna de la civilización brasileña".

(13) Río, capital desde la creación del Virreinato (1740), con 25.000 habi-

tantes diez años más tarde, con 100.000 en 1800, tuvo su gran oportunidad con la llegada de la Corte y otros portugueses, que en conjunto ampliaron en 50.000 más su población, que en 1838 está en 137.000; en 1900, en 800.000, y rebasa los 2.000.000 en 1950. Los problemas de una gran zona metropolitana se presentan ahora agravados por la peculiar estructura de la Bahía de Guanabara y su hinterland de "monos" que dificultan la expansión en profundidad. Ved L. A. Costa Piato, "A metrópole Río de Janeiro. Breve introdução ao seu estudo sociológico", en "Educação e Ciéncies Sociáis" (Boletín do Centro Brasileiro de Pesquisas educacionáis), vol. II (1957), núm. 4, pág. 147 y ss. Hoy casi 3.000.000 de personas viven en el Distrito Federal.

El crecimiento de São Paulo es aún más vertiginoso, rebasando probablemente su ritmo al de Chicago o Nueva York.

(14) De ellos, de origen lusitano el 12,8 por 100. La inmigración es muy importante. De la realizada entre 1820 y 1945 corresponde un 34 por 100 a Italia; 30 por 100, a Portugal; 12 por 100, a España; 3 por 100, a Alemania, y a numerosos otros países el 21 por 100 restante.

Hoy las grandes corrientes migratorias se orientan preferentemente hacia el Brasil, estimándose por los expertos que es el único país donde pueden encontrar tierras fértiles en grandes cantidades y a precios razonables, que permitan ser adquiridas por el trabajo.

El siglo XIX fué, como en todas partes, de "porta Berta". La crisis de 1930 trajo las primeras restricciones (decreto-ley del 12 de diciembre); en 1934 se ensaya el régimen de cuotas (un cupo total de 80.000 anuales, en proporción del 2 por 100 de los respectivos grupos nacionales); en 1938 se añadió la restricción de que el 80 por 100 de cada cuota se adjudicase a agricultura. Después de la segunda guerra mundial se dieron mayores facilidades, por un decreto-ley de 1945, el plan S. AL. T. E. (Salud ,Alimentación, Transporte, Energía), etc. Ved "Immigration and settlement in Brasil, Argentina and Uruguay", en "International Labor Review" (O. I. L., Ginebra), vol, XXXV, 1937.

(15) Una compacta colonia de unos 800.000 habitantes, en el sur del Brasil, llegó a ser una nación dentro de la nación, con su lengua y escuelas propias y casi autogobierno; pero se han mantenido fieles al país, a pesar de la preocupación que en ciertos momentos inspiraron los "Schützenbünde" en Río Grande y Santa Catalina.

(16) Brasil está realizando una gran obra de incorporación de los silvícolas a la comunidad nacional, siguiendo las humanas y eficaces iniciativas del general Rondón, descendiente de indios. De todos modos, la elevación de "un pueblo de selvas con una cultura de selvas" es un problema todavía sólo parcialmente resuelto, desde que magistralmente lo planteara José Bonifacio.

(17) Por la infiltración de la "religión y ritual mágico" de la macumba, es decir, la típica "expresión de la religiosidad primitiva de los negros del Brasil, heredada de sus antepasados" (Arthur Ramos, "Las poblaciones del Brasil", México, 1944, pág. 145). En torno a ello ha surgido un extraño sincretismo de religiosidad cristiana y magia primitiva, de fe auténtica y mítica influencia de "el santo".

(18) Ello repercute en la correlativa estratificación social: "El rasgo dominante de la actual coyuntura social brasileña reside en la transición de un sistema económico predominantemente agrario a otro en el que aumenta la importancia de las actividades industriales" (W. Bazzanello, "Estratificação e mobilidade social no Brasil". Fontes bibliográficas", Río, 1956, pág. 5).

(19) En la primera fase de adaptación fué el palo brasil (hoy sin importancia por los colorantes químicos). Con él se corresponde la era de la esclavitud india, del mestizaje rojo, del pastoreo (edad del cuero) y la epopeya de mamelucos y bandeirantes.

En la segunda fase fué el monocultivo de la caña de azúcar (traída de Cabo Verde), que se corresponde con la esclavitud negra, el feudalismo agrícola, la casa grande y la mulatización.

La primera economía se expande por el "sertáo" en ese "ambiente feroz y bárbaro, aún recordado no hace mucho por Euclides da Cunha, en "Os Sertóes", precursor de las obras de Luis de Rego, Graciliano Ramos, Erico Verissimo y Monteiro Lobato. La segunda se extiende a lo largo de las playas,

ganando progresivamente a las selvas terreno por el método radical de la "coivara", que deja las fértiles "terras roxas".

(20) Brasil ha llevado muy bien esta lucha, desde la gran personalidad de Oswaldo Cruz. El Instituto de Manguinhos descubrió incluso enfermedades nuevas, como la enfermedad de Chagas. Pero los problemas son de un gran volumen económico. Ved A. Carneiro Leas, "Los fundamentos de la Sociología", Buenos Aires, 1945.

(21) Ved Luis Amaral, "Aspectos fundamentaes da vida rural brasileira", São Paulo, 1936; Charles Wagley, "Race and class in rural Brasil", 1952; Preston E. James, "Trends in Brasilian Agricultural Development", en "Geographical Review", vol. XLIII (1953), pág. 301 y ss.

(22) Ved mi trabajo "El impacto de la energía nuclear en la sociedad contemporánea", en "Revista de Estudios Políticos", núm. 92 (1957).

(23) Por las enormes distancias, por la escasez de capitales y de combustibles, por el régimen de lluvias y la lujuriante vegetación, que hacen difícil y costoso el entretenimiento; en fin, por el desnivel entre la costa y el interior De aquí la "tiranía de la distancia", sólo en parte resuelta por las comunicaciones aéreas y el predominio de la comunicación marítima periférica.

(24) Ved los libros clásicos de Josué de Castro, "La alimentación en los trópicos" (México, 1946) y "Geografía del hambre" (Buenos Aires, 1950).

(25) 25 por 1.000, frente a 9,9 en Estados Unidos y 11,6 en España.

(26) En 1945 Brasil posee 500 normales, 45.000 escuelas, 1.300 centros de enseñanza secundaria, 1.300 centros de enseñanza industrial, 1.100 escuelas de Comercio.

(27) De 1890 a 1940 el Brasil pasa de 14,3 millones a 41,5, de los que solamente el 9 por 100 proceden de la emigración. V. Arturo Ramos, "Las poblaciones del Brasil".

(28) Ved "El P. José de Anchieta, fundador de São Paulo de Piratininga", por Salvador López Herrera, Madrid, 1954.

El Padre Anchieta veía el Brasil como una "terra desleixada e remissa e algo melancolica".

(29) Ved Alberto Silva, "Dos españoles en la historia del Brasil", Madrid, 1953.

(30) Ricardo Cassiano, "Martin Cerere", trad. de Emilia Bernal, Madrid, 1953, pág. 40.

(31) "Mar en Cerere", pág. 42.

(32) Ved la exposición de estos dos procesos en Gilberto Freyre, "Interpretación del Brasil", México, 1945, pág. 39 y ss.

(33) Los jesuítas, con licencia real, llegaron a armar a los indios, logrando en algunos casos poner así coto a las cazas de hombres; en otros, les acompañaron heroicamente a la esclavitud, consolándoles a pie en la dura ruta de São Paulo.

Sin embargo, la segregación del indio hubiera creado, a la larga, tal vez, más problemas de los que hubiera resuelto. Más humana a corto plazo, a largo plazo su salida era incierta.

En todo caso, el brasileño propende instintivamente a reconocer su origen en esta sociedad pastoril del mameluco, en la que "todas las razas y clases estuvieron representadas" y en la que "las distancias sociales de la rígida sociedad agraria se esfuman". Ved Ramos, "Las poblaciones del Brasil", pág. 29.

(34) Desde la costa hubo tres centros principales de expansión: al Sur, las "bandeiras" paulistas, ya en buena parte mestizas; al Centro, la zona de Bahía, que opera por la entrada del San Francisco, la gran ruta de unidad, y al Norte, desde Belón, de donde parte, en 1637 (por orden del Gobierno de Madrid) la expedición de Pedro de Teixeira, remontando el Amazonas.

(35) "En contraste con el nomadismo aventurero de los bandeirantes, en su mayoría mestizos de blancos con indios, los señores de las casas grandes representaron en la formación brasileña la tendencia más característicamente portuguesa; esto es, pé-de-boi, en el sentido de la estabilidad patriarcal" (Gilberto Freyre, "Casa grande e Senzala", I, págs. 32-33). Todo este problema ha sido estudiado de modo magistral en la obra clásica citada de Freyre (citamos la 6.ª ed., 2 vols., Río, 1950).

(36) "Casa grande e Senzala", vol. I, pág. 33.

(37) Hasta cierto punto, como es lógico. Monteiro Lobato nos presenta al capitán Aleixo, cuya política con sus negros era "maíz por dentro y látigo por fuera" ("Urupés. Cuentos brasileiros", Buenos Aires, 1947). Por su parte, Gilberto Freyre nos dice que "la Casa grande venció en Brasil a la Iglesia", y que "vencido el jesuíta, el señor del ingenio azucarero quedó dominando la colonia casi solo: el verdadero dueño del Brasil, más que los virreyes y los obispos". Quedaron "Dueños de las tierras. Dueños de los hombres. Dueños de las mujeres. Sus casas representaban ese inmenso poderío feudal. Feas y fuertes" ("Casa gande e Senzala", I, pág. 26).

(38) "Se formó en la América tropical una sociedad agraria en la estructura, esclavócrata en la técnica de explotación económica, híbrida de indio (y más tarde de negro) en la composición." (G. Freyre, "Casa grande e Senzala", I, 95.)

(39) Luis Felipe de Melo, "Brasil", Buenos Aires, 1944, pág. 44.

(40) Mas la "tara étnica inicial" (Azevedo Amaral) de la sifilización en gran escala.

(41) Aparte de que el portugués, como el español, unía a su catolicismo la experiencia histórica de haber tenido en la Península a grupos de color como clase dominante. (Roy Nash, "The conquest of Brasil".)

(42) Oliveira Vianna habla de tres historias del Brasil: la del Norte, la del Centro y la del Sur; de tres sociedades: la de los "sertoes", la de las selvas y la de las pampas; de tres tipos humanos: el sertanero, el matuto y el gaucho.

(43) Se suelen admitir los siguientes ciclos económicos del Brasil: ciclo del palo brasil (1500-1550), que da su nombre al país; ciclo de la caña de azúcar (1550-1700), ciclo del oro (1690-1770), ciclo de los diamantes (1729-1800), ciclo del algodón (1860-1865), ciclo del caucho (1860-1914 y ciclo del café (1840-1930). A esto se añaden los subciclos de la ganadería o del cuero, del cacao y del tabaco.

Lucila Henmann propone una clasificación más sistemática, pero limitada a São Paulo: de 1630 a 1940 distingue cuatro ciclos económicos: economía de mera susistencia (1630-1775), era de los ingenios azucareros (1775-1825), era del café (1825-1920) y ciclo actual (economía industrial). V. su trabajo "Classe media en Guaratinqueta" en "Materiales para el estudio de la clase media en la América latina", vol. III, págs. 18 y ss.

(44) Los portugueses no lograron aclimatar ninguno de sus cultivos tradicionales; de aquí la inevitable improvisación económica de los primeros momentos, de la que aún sufre la estructura del NE. brasileño. V. J. Roberto Moreira: "Pernambuco. Suas condições historico-económicas", en *Educação e Ciencias Sociais*, vol. II (1957), núm. 4, págs. 227 y ss.

(45) Los nombres son característicos y nuevos: el caboclo del Norte, el cassaco del Nordeste, el malandro de la ciudad, el sertanejo del interior, el gaucho del Sur.

(46) En el censo de 1940 los mestizos son el 33 por 100 del total (22 por 100, mulatos, y 11 por 100, caboclos).

(47) En la pirámide social, el señor blanco y el negro esclavo eran los puntos de apoyo claros, pero el mulato marginal era la fuerza ascendente de la nueva sociedad. Lo mismo ocurrió con el indio, aunque éste pesa menos, porque si bien aceptó la esclavitud nómada, no así la sedentaria del agricultor. El negro, más evolucionado, tomó su lugar.

(48) Es más: Stefan Sweig afirma que sin los jesuítas el Brasil sería tal vez un país africano. "Como realistas y calculadores severos y claros, son los únicos que tienen una idea cabal del Brasil futuro.

(49) Alberto Silva, "Dos españoles en la historia del Brasil", Madrid, 1953. Contra los franceses fué también muy cuidadosa la vigilancia del Gobierno de Madrid, que para frenar al Norte los establecimientos franceses en la Guayana, estableció la Capitanía de Cabo do Norte sobre el Oyapock.

(50) Al separarse las dos Coronas, Madrid sólo planteó resistencia en la zona del Plata. Las playas del Sur fueron una zona de nadie hasta mediados del XVIII, en que se inicia la penetración portuguesa hacia Sacramento, fun-

dada ya en 1681, para contrarrestar la cual se fortifica la orilla izquierda del Plata y sus aproches, se funda Montevideo y se crea el Virreinato de Buenos Aires. Al producirse la independencia, Brasil logrará atribuirse 650 kilómetros de esta costa (Río Grande) y que los 200 restantes pasen al Uruguay; todo ello muy ventajoso respecto al "uti possidentis" de los Tratados de Madrid (1750) y San Ildefonso (1777).

Las demás cuestiones de fronteras fueron brillantemente resueltas por el barón de Río Branco a finales del siglo XIX. La frontera de la Guayana, donde Francia reclamaba, desde 1633, una franja al sur de Oyapock, fué resuelta favorablemente para el Brasil por un laudo de Suiza (1900). Lo mismo ocurrió respecto de la Guayana inglesa (territorio de Pirara) por medio de un arbitraje del rey de Italia. El territorio de Acre, en conflicto con Bolivia, fué anexionado por el Tratado de Petrópolis (1903). El límite con la República Argentina, en la zona del Iguazú, fué trazado por un arbitraje del Presidente Cleveland. La frontera con el Uruguay se deslindó definitivamente en 1909.

(51) Hubo bastantes movimientos sociales y políticos, de los que quedará en la mitología popular la intentona de "Tirandetes" en 1792.

Especial interés tienen los "quilombos", que representan la reacción del negro contra la esclavitud. Fué célebre la "República de Palmares", que logró subsistir de 1630 a 1697.

(52) Ved Newton Freitas, "El Aleijandinho, Antonio Francisco Lisboa", Buenos Aires, 1944. El autor ve en el genial artista el símbolo del Brasil: mulato, enfermo, genial, infatigable, creador, heroico.

(53) Don Pedro había ya convocado, el 3 de junio de 1822, la "Assembleia Geral Constituinte e Legislativa do Brasil". Reaccionó entonces Lisboa, intentando cercenar los poderes del Regente y hacerle regresar, dando lugar al paso definitivo del 7 de septiembre. Ved Eduardo Espínola, "Constituçao dos Estados Unidos do Brasil" (2 vols.), Río, 1952.

(54) En noviembre. Un nuevo proyecto, preparado por una Comisión de diez consejeros, con la especial intervención de Andrade e Silva, debía servir, en principio, de base al trabajo de una nueva Constituyente; pero esta promesa no se cumplió.

(55) Ved, para este período, el excelente trabajo de José María Rosa, "Figuras e instituciones de la supremacía brasileña de 1852", en *Revista de Estudios Políticos* (Madrid, julio-agosto de 1957, núm. 9, págs. 237 y ss.).

(56) Después de la abdicación de Don Pedro I, un decreto legislativo del 12 de octubre de 1832 autorizó a la Asamblea general a modificar ciertos artículos de la Constitución. De aquí nacerá, dos años más tarde, el "Ato Adicional a Constituçao do Imperio", de 12 de agosto de 1834.

(57) El antes aludido Acto Adicional de 1834 estableció un Regente único, nombrado no ya por el Congreso, sino por sufragio directo. También se dió algo más de autonomía a las provincias.

(58) Por la fundación del bloque en Saquarema, en 1837.

(59) Por la sublevación paulista de Santa Luzía.

(60) Continuando la línea ideológica de la revuelta de Minas Geráis, en 1789, y de la "Confederación del Ecuador", en 1824.

(61) En 1880 creará la primera Escuela Normal.

(62) José María Rosa, artículo citado, pág. 251. "Por esa aristocracia y ese monarca la América portuguesa no se partió en veinte repúblicas independientes y enemigas, como la América española, ni la Confederación Argentina pudo disputarle, con Juan Manuel de Rosas, el puesto de vanguardia en el Continente del Sur." (Ib.)

(63) Rosa, art. cit., pág. 257.

(64) "Todo el sistema representativo descansó en el buen criterioo del Emperador para interpretar la voluntad nacional y suplir las decisiones del pueblo ausente. El monarca lo era todo, pero a condición de serlo con discreción, porque un régimen así no hubiera podido sostenerse con un déspota arbitrario o que careciera de buen sentido político." (Rosa, art. cit., págs. 255-256.)

(65) La ley de Interpretación del Acto Adicional, de 12 de mayo de 1840, había dado, poco antes de asumir sus poderes Don Pedro, a una interpretación muy amplia de los mismos.

(66) Ved Renato Mendonça: "O declinio do Imperio e o ideal republicano no Brasil". Porto, 1948.

(67) La republicanización del Ejército fué decisiva en el cambio de régimen. La Escuela Militar, creada por Don Juan VI, en 1810, y que pronto iniciará una brillante tradición, será uno de los centros de las nuevas ideas, siendo el Ejército una de las piezas claves del orden brasileño en todo momento. Ved Juan A. Liaño, "La enseñanza militar en el Brasil", Madrid, 1952.

(68) El Manifiesto Republicano de 1870 puso el dedo en la llaga al decir: "Somos de América y de América queremos ser." Una monarquía américana, como la canadiense, es una anomalía. No fué, pues, la influencia de Comte, como se ha dicho, sino la de Hamilton, como ya indicó Ruy Barboso. Por otra parte, "el movimiento republicano triunfó de hecho mucho más por la falta de fe en la Monarquía que por la fe en la República". (Mendonça, op. cit., página 25.)

(69) Ved Lidia Besouchet y Newton Freitas, "La literatura del Brasil", Buenos Aires, 1946. Las prohibiciones se habían iniciado en 1831, pero no fueros eficaces hasta 1853.

(70) Joaquín Naluco publica "O abolicionismo" en 1833, exigiendo la abolición total. En 1884 se suprimió en Ceará y Amazonas, y en 1885 fueron emancipados todos los esclavos de más de sesenta años. Al dictarse la ley de 1888 quedaban todavía 700.000.

(71) Mucho de ellos, ya con graves problemas por la decadencia de los cultivos de azúcar y algodón, con la baja de sus precios y el paso del eje económico de N. a S. del país.

(72) Al derrumbarse las bases esclavistas de aquel orden social ocurren una serie de fenómenos básicos para entender el Brasil de 1900. Uno de ellos fué la inclinación a las carreras liberales y a la burocracia de ciertos sectores desposeídos, en muchos casos con escaso sentido de productividad. (Ved G. Freyre, "Casa Grande", vol. I, págs. 44 y ss.)

(73) Durante el Imperio se podía distinguir la alta nobleza, de sonoros títulos; la aristocracia rural, de "fazendeiros" y estancieros; la urbana, de los "fidalgos" y burgueses; el pueblo rural y urbano, la plebe de los caboclos y farrapos y, al fin, los esclavos. V. sobre este período Gilberto Freyre, "Sobrados e mucambos. Decadencia do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano", 2.ª ed., Río, 1951.

Pero el sistema era bastante abierto y muy poco racista. J. C. Fletcher y D. P. Kidder, dos clérigos norteamericanos que visitaban el Brasil durante el Imperio y dejaron sus memorias en un curioso libro, "Brasil and the brasilians", se expresan así: "Al hombre que tiene libertad, dinero y mérito no se le niega ningún puesto en la sociedad, por muy negra que sea su piel."

Entretanto, la clase media va creciendo poco a poco. En su monografía (reducida a una localidad paulista), L. Henmann señala un 2,4 por 100 en 1775, un 8,9 por 100 en 1805 y un 9,9 por 100 en 1808. ("Classe media em Guarantinqueta", cit.)

(74) Ved Percy Ahin Martin, "Federalism in Brasil", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. XVIII (1938), número 2 (mayo), págs. 143-163; reproducido en A. N. Christensen, "The evolution of Latin American Government", N-Y., 1951, págs. 344 y ss., y W. Ferreira, "A federação e o presidencialismo no sistema constitucional brasileiro", en *Revista da Facultade de Direito*, São Paulo, vol. XLVI, 1951, págs. 61 y ss.

(75) El mismo año los hermanos Ferreira Franco llegaron a proponer una unión federal con los Estados Unidos de Norteamérica.

(76) En la revolución "farroupilla" (1835-1845) intervinieron factores autonomistas además de los sociales.

(77) Esta se apresuró a establecer el federalismo por decreto. Ruy Barbosa introducirá en su proyecto, base de la Constitución de 1891, una inspiración norteamericana en la materia.

Hoy el federalismo es una realidad importante del Brasil. Piénsese en que el 93,6 por 100 de los impuestos federales se recauda en el este y el sur del Brasil, y que el 76 por 100 corresponden al Estado de São Paulo. Como dice Levi Carneiro, "el federalismo ocupa un lugar de la mayor importancia en

nuestra historia política... es la preocupación dominante del país". Lo que se duda es si la organización actual es la mejor, y si la variedad dentro de la unidad no debía plantearse sobre una base regional, como lo planteó el Congreso Regionalista de Recife (1925), en el que intervinieron brillantes e influyentes personalidades. En particular, los pequeños "Estados feudales" del Norte siguen siendo un problema no resuelto, y a menudo se habla de agruparlos en unidades más viables. Ved Preston E. James, "Forces for union and disunion in Brasil", en *Journal of Geography*, XXVIII (1939), págs. 260 y ss.

(78) La heredera y su esposo no gozaban de popularidad.

(79) Don Pedro lo había mantenido separado de la política, y la tentación empezaba a ser fuerte para muchos generales.

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR
LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR
JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO
ENRIQUE CASAMAYOR

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN
Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 24 87 91
MADRID

●

EN EL PROXIMO NUMERO
106-107

(octubre-noviembre 1958)

Los más prestigiosos escritores, tanto españoles como extranjeros, colaborarán en este número extraordinario, dedicado a Carlos V.

●

Precio del número 105:
VEINTE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO